



El llanero Gary Cooper en una escena de armas tomadas.



Vena cómica: los hermanos Marx en sus trucos favoritos.



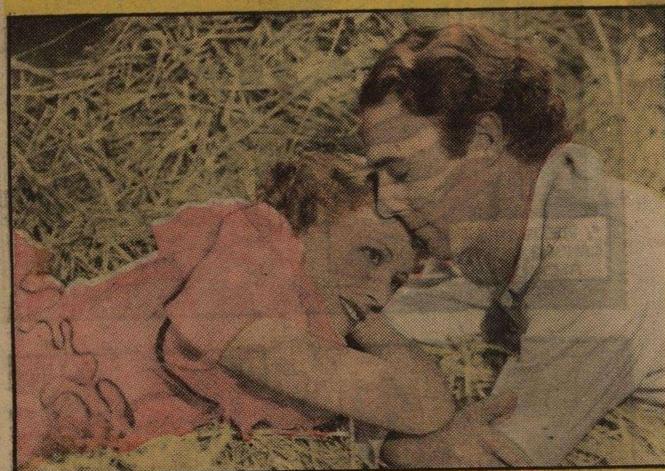
Bogart, Robinson, MacLane — los hombres de la secreta.



Fred Astaire rodeado de una serie de piernas perfectas.



Terror: Irene Ware amenazada por el ogro Boris Karloff.



Idilio: Irene Dunne y Randolph Scott en el éxtasis.

LOS artistas le tienen pánico a la "esterotipia" en la pantalla. pero no pueden remediar que el público los estime en sus respectivos géneros. Como se ven en los cuadros de arriba, algunos astros del cine han nacido para lo que hacen en las películas.

HEMOS omitido muchos que son igualmente "gente de sello". Clark Gable, que es galán dramático; Robert Taylor, que es el don Juan de salón; Adolph Menjou, que es la personificación de la sofisticación; la Garbo, que es Cleopatra y Pompadour.



DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 17 DE JULIO, DE 1938

Suplemento Dominical

En Este Número:

★
Raspadura:
Un Canal Interoceánico 126 Años Antes Que Panamá

★
El Lenguaje de las Flores
Crónica de SARA DIEZ

★
UN PERSONAJE EN BUSCA DE AUTOR
por PAT O'BRIEN

★
Charlie Chan En Hollywood

★
EL CISNE BENNETT

★
Historietas y Otras Lecturas Amenas con Muñecos



24

Los Conquistadores

por RALPH WOLFE y GLENN CHAFFIN

EL GRUPO DE SLOCUM CONTINUA SU VIAJE EN DILIGENCIA DESDE LA CIUDAD DE DETROIT HASTA CHICAGO. FRANK VA SENTADO CON EL COCHERO.

CREO QUE EN ESOS BOSQUES SE PUEDEN CAZAR ARDILLAS. / ¡NO SÉ DE ARDILLAS, PERO EN EL INVIERNO SE CAZAN OSOS Y LOBOS.

¿LOBOS? ¡QUE BUENO, SI PUDIÉRAMOS VER UNO! / ¡BAH, YO LOS HE COMIDO!

¡SUJÉTATE, QUE ESTA PENDIENTE ES DE UNA MILLA! / ¡SI SEGUIMOS ASÍ, SE VOLCARÁ! ¡ENDERÉZELA!

¡OIGA, AMIGO, EL VIAJE ES LARGO Y NO TENEMOS PRISA A MENOS QUE QUIERA MATARNOS A TODOS! / ¡NO HE CORRIDO, SEÑORA, IBA DESPACITO!

SUSANA, EL COCHERO ES SALVAJE, ¡COME LOBOS! / ¡QUE SE LOS COMA TODOS! ¡A MÍ NO ME GUSTAN!

ES UN EMBUSTERO SI DICE QUE COME LOBOS, PERO MEJOR SERÁ QUE YO ME SIENTE CON ÉL. / NO QUIERO ASUSTARLOS, AMIGOS, PERO LA OTRA DILEGENCIA SUFRIÓ UN ATRACO LA SEMANA PASADA. MATARON A UN HOMBRE.

¡NO IMPORTA! ¡TENEMOS POCO QUE PERDER! / ¡ESTOS BANDIDOS CONSIGUEN DINERO A LA FUERZA O MATAN A ALGUIEN!

¡YA COMPRENDO, PERO TENEMOS QUE ARRISGARNOS! / ¡OJALÁ QUE NOS DÉN UN ATRACO! ¡TENGO GANAS DE MATAR A UN PAR DE BANDIDOS!

¿DICE QUE TENEMOS QUE ESTAR ALERTA? / ESTOS COCHEROS SON UNOS MENTIROSOS. NO HAY QUE HACERLES CASO. / SIEMPRE BUSCANDO PELLEROS!

¡TAL VEZ PUEDAS HACERLO, PERO TIENES QUE APRESURARTE A DISPARAR! / ¡QUIETOS AHÍ! ¡MANOS ARRIBA TODOS! ¡BAJENSE!

¡CARACOLESI! ¡SI ES DANIEL LA MUERTE! / CONTINUARÁ

LA VIDA ES ASÍ... Por FRED NEHER.

«¡ IBA A OBSEQUIAR CON CIGARROS, PERO SE HA DESMAYADO AL SABER QUE ES PADRE DE TRIPLES! »

«¡ AH, Y TODAVÍA HABLAN DEL DEMONIO! »

«¡ PUEDE DESCANSAR, SR. ALCALDE. »

«¡ EL MUCHACHO DICE QUE MIENTRAS MENOS PRACTIQUE, MEJOR JUGARÉ! »

«¡ LA AGENCIA DEL TURISMO NUNCA DIÓ A CONOCER ESTAS POSIBILIDADES! »

PERINQUILLA

FOTOGRAFO

«¡ QUÉ DE EXTRAÑAGANCIAS! ¡NO TIENE UN TRAPO QUE PONERSE Y GASTA EL DINERO EN FOTOGRAFÍAS. »

En la serena juventud de los cuarenta años, pensar en los problemas del amor, al descendiente de una antigua estirpe de Parchís turocos, a los veinte años lo llamamos en la Gran Guerra, disparando su fusil desde las trincheras austriacas. De lleno en la política, dos años después de firmado el Tratado de Versalles, ocupa la Cartera del Interior en la República de Albania; pasan otros dos años, y el futuro Rey se convierte en Primer Ministro. Mas poco le dura su autoritario poder. De nuevo otros dos años han pasado y la guerra civil se entroniza en la Albania hollywoodense. La revolución, controlada por Fan Noli, triunfa plenamente, y vemos al amante de Geraldina, derrotado, disfrazado y perseguido, a lomos de un mal rocín—como el Tenorio de Zorrilla—buscar refugio en Yugoslavia. En el nuevo reino que bordea el Adriático se repone y organiza a los suyos. Vuelve y logra la reconquista del poder. Es elegido Presidente por un período de siete años. En el 1928 cambia la silla presidencial por la más lujosa y confortable del trono. Y desde tal fecha, hasta que Dios diga, el territorio de Albania es un reino más en el convulsionado escenario del viejo continente.

El benjamín de los reyes europeos, una vez lograda la paz en sus dominios, se dio a la tarea de aburrirse como una ostra. Como entretenimiento nombró a sus bellas hermanas coronas del ejército de Albania. Su avión personal le permitía contemplar su reino desde las nubes. Se preocupó del desarrollo de las industrias de su país, tales como la venta del tabaco y la producción del aceite de oliva. Construyó, en defecto de ferrocarriles, carreteras aceptables. Hacemos constar todo esto, para que no vaya a pensarse que nuestro Zog I de Albania tiene puntos de contacto con los otros monarcas que hemos vivido a través de las músicas zalamerías de las operetas y zarzuelas de principios de siglo.

Mas, a pesar de todos estos esfuerzos, el Rey se aburría y la neurastenia comenzaba a rondar por las alamedas de su castillo de Tirana. Zog, que entiende de bellezas y de cosas de Estado, en una escapadita de incógnito a París, vio bailar a Tania, una danzarina rusa, esbelta y sensual, que tenía ensortijada melena de tenebrosidades de caviar y miradas embriagadoras como el vodka de las estepas. Nuestro displicente soberano se entusiasmó con el caviar y sintió los efectos del vodka. Poco después, Tania, la irresistible moscovita, dejaba los escenarios parisinos, para trenzar a solas, bajo la caricia romántica de la luna mediterránea, los bailes embrujadores que el soberano necesitaba. Zog había encontrado el remedio para su nostalgia. Pero la madre del monarca, las seis hermanas coronadas y la corte de Tirana, pusieron mala cara a los regios entretenimientos. Aquello tenía que terminar. Experimentó los mismos inconvenientes que el Rey Carol de Rumania, en sus devanacos con la señora Lupescu. Al fin, ante los intereses del Estado, cedieron los intereses privados. Un buen día la bella Tania desapareció definitivamente de los pequeños territorios de Albania.

Toda la danzarina rusa, las neurasténicas de Zog recomenzaron, en el cigarrillo la por día se fumaba el monarca. Sus bronquios, su faringe y su laringe se resistieron a la intrusión continuada del humo. Una clínica de Munich repuso la salud depauperada del rey. En esta convalecencia encontró en su camino a la Condesa Apponyi. Este soberano de cuarenta años necesitaba amar. Era lógico e indispensable. ¿Qué otra cosa, en todo caso y hablando en tesis general, han hecho los otros reyes de la tierra? Los veinte años de Geraldina avivaron de nuevo la pasión de Zog. El idilio se tejió. Cartas, suspiros, visitas, juramentos...

El matrimonio se vislumbraba como armónico final de aquellos amores. Había que curar al rey. Después de todo, el matrimonio es el mejor remedio contra el amor. Pero la boda hallaba ciertas dificultades para cristalizar. Ella era católica; él era musulmán. Las Cancillerías conversan. La diplomacia hace engrasar los «dossiers» confidenciales. El Papa es consultado. Al fin, la fórmula que habría de zanjar todas las dificultades, es encontrada; el matrimonio será civil, de acuerdo con la Constitución de Albania. Los ciento un cañonazos que me acaba de transmitir el radio me anuncian que la ceremonia se acaba de efectuar.

Geraldina y Zog comienzan su luna de miel. Regios regalos han recibido. Mussolini, el amable amigo de la pequeña Albania, ha donado a la regia pareja el lujoso confort de un yacht de recreo. Hitler, menos generoso que su colega, ha limitado su obsequio a un flamante automóvil. Horthy, el Regente de Hungría, ha enviado cuatro magníficos corceles de carrera. El Presidente de Francia, Alberto Lebrun, muestra su simpatía con un soberbio vaso de porcelana de Sevres... Y los regalos se siguen acumulando, llegados de todas partes del mundo, en el nido de amor de los regios amantes. El pueblo de Albania ha dado a su soberano un cheque de unos cuatro mil dólares.

Esta noche las fiestas arden en Albania. Ciento cincuenta matrimonios se han celebrado también acompañando a su soberano. Los ochocientos mil habitantes del reino, se emborracharon de música y vino en nombre de la felicidad de Zog y Geraldina, «la rosa blanca de Hungría», como nombran ya a su nueva soberana. Siguiendo una tradición antigua, en pleno festival, el marido raptará a la esposa. ¿La llevará en su avión personal, en el yacht de Mussolini, en el automóvil de Hitler, o cabalgando en los «pur sang» del Regente de Hungría y complaciendo así las hípcas aficiones de la reina? Natali...



Miembros de la familia del Rey Zog. La señora del centro, es su madre, Saie Toptani; al lado de ésta, sus hermanas Xenia y Mysojen; detrás, su hermana Khilal, y a los extremos, sus dos sobrinos Sali e Hyseju.

die podría precisarlo. Pero en cualquier medio de locomoción que utilicen, el camino a seguir es el mismo la ruta del amor.

Un nuevo romance se consagra hoy en el mundo. Un romance simpático entre dueños de pueblos. Y más simpático todavía porque en él no han intervenido los intereses bastardos de las Cancillerías. Es la alianza de dos almas y no la alianza de dos intereses. El amor, en este caso, no se desfigura. Vibra por encima de todos los convencionalismos. Europa levanta los ojos sombríos de Londres, donde se efectúan las conversaciones franco-

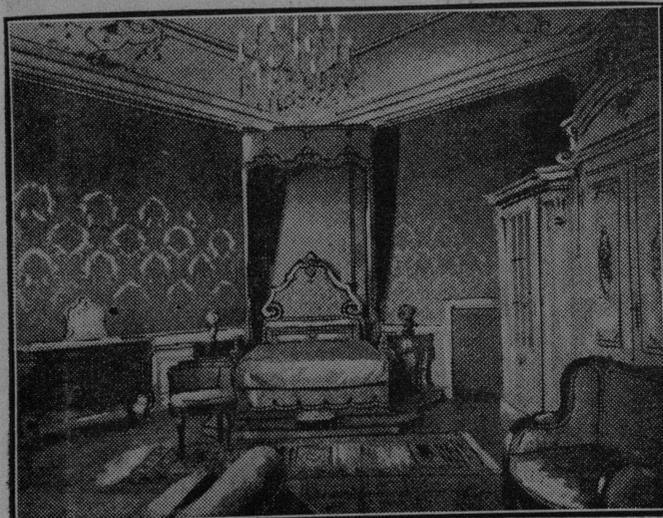
británicas para volverlos a Tirana por breves momentos, y sonreír satisfecha ante la dicha de Zog y Geraldina. El amor todavía sigue teniendo partidarios sobre la tierra y los sueños azules parece que no son quimeras de antaño. Como los cronistas cursis deseemos a los soberanos de Albania una luna de miel eterna. Y mientras el tiempo se encargue de dar o quitar la razón a nuestros votos, recordemos el siempre nuevo endecasilabo de Núñez de Arce: «Amor, eterno amor, sin fin del mundo...»

París, 1938.

LOS AUTOGIROS PARTICIPAN EN LAS FIESTAS DE LA SEMANA DEL CORREO AEREO



He aquí un autogiro levantando vuelo en Plaza, cerca del Capitolio de Washington, con motivo de las fiestas celebradas durante la semana del correo aéreo.—(Foto Acme-Editors Press)



La alcoba nupcial del Palacio de Durazzo, en el que la regia pareja pasará su luna de miel.



CAPITULO XXX

En salvo

Hassard no pudo reconocer al hombre que ocupaba el bote, pero le excreó con una maldición horrible desde el fondo de su alma.

De pie en la roca, olvidando que los que estaban abajo podían verle en aquella extraña actitud, rugió con impotente rabia contra Natalia, contra el hombre que la había salvado y contra todo lo que había inutilizado su obra, sin que por eso dejara de sentirse dispuesto a emprenderla de nuevo. Continuaría te nazmente, aunque la joven sospechara de él.

Se dirigió presuroso al pueblo, entró en una tienda y pidió té. Entretuvo largo rato con su conversación a la joven que se lo sirvió haciéndole una porción de preguntas sobre la vecindad de Southcliffe. Cuando creyó haber dado tiempo para que la joven pudiera reconocerle, pagó y se fué llegando a su casa cuando encendían los faroles, Clara, impaciente, le recibió de mal humor.

—¿Cómo viene tan tarde? Empezaba a creer que te habrías perdido.

—Casi puedo decir que es verdad —repuso Hassard—, porque he ido más lejos de lo que creía, y equivoqué el camino de vuelta. Si esperas un momento a que me vista, daremos un paseo por los jardines.

Sería mucho mejor que paseara con Clara, por si acaso encontraban a Natalia.

Se hizo un tocado algo apresurada. mente, pidió algo de comer, y se reunió con Clara. Esta encontró a algunas señoras conocidas, y se detuvo un momento, mientras Nicolás, algo separado, fumaba un cigarrillo.

—¿No sabes lo que ha pasado esta tarde, Nick? Ha ocurrido un accidente en el mar; una señora estuvo a punto de ahogarse. Estaba remando, y se hundió el bote. ¿Habías oído algo tú?

—No —murmuró Hassard contrariado—; quizá será una invención. No sé cómo puede ocurrir eso.

—Dicen que el bote hacía agua, y que se hundió cuando estaba lejos —repuso Clara.

—Parece un absurdo. Yo diría que tropezó en un escollo, y se rompió el fondo: eso parece más verosímil.

—De todos modos —añadió Clara—, mañana sabremos más sobre ese asunto; diré a la patrona que pregunte al lecho, o a alguien. Ellos saben todo lo que ocurre en el pueblo. ¡Sólo de pensar que hubiera podido ahogarse, me estremez-

—¡Sí, sí! —exclamó Hassard con voz sombría.

Hubiera querido llegar hasta el hotel y oír lo que decían allí; pero no era conveniente arriesgarse. Tenía que volver a repetir la suerte, y no debía excitar sospechas; había que esperar, y se sentó con Clara mientras la gente iba y venía junto a ellos hablando en voz baja o pisando la arena, ruidos imperceptibles que apenas si turbaban el silencio de la noche y el rumor de las olas.

¿Y Natalia? Cuando ella y Hasdcastle remaban hacia la orilla, hablaron poco; como era natural en quien acababa de pasar un peligro semejante, se sentía atontada. Había pasado todo tan rápidamente, que apenas si se daba cuenta de ello; apenas si podía representarse la horrible situación en que se había encontrado, y al recuerdo de ella sentía tales mareos, que creía desmayarse pensando que no podría continuar remando hasta llegar a la orilla.

Al fin llegaron a una orilla baja y arenosa. Dermont acercó el bote, y saltó a tierra. Al ponerse en pie, la joven vaciló. Hasdcastle le dió la mano; inmediatamente vaciló otra vez, y huiera caído al suelo si el joven no la hubiese cogido en sus brazos.

—¡Amada mía! ¡Mi bien amado! —repitió Dermont una porción de veces, como si no se cansara de expresar su sentimiento.

Natalia permaneció insensible unos momentos. Cuando volvió en sí, miró a Dermont, que trató de excusarse. Pero no; la joven no estaba enfadada; únicamente le miraba sorprendida y triste.

—¿Qué me pasa? —murmuró Natalia. —¡Me encuentro tan mal!

Cerca de allí había una cabaña, y las rocas se abrían dejando paso por un sendero adornado de árboles, y que se internaba en unos prados.

—Si espera usted un momento, iré a pedir auxilio en aquella casita —dijo Dermont—. Pero Natalia se cogió a su brazo con fuerza.

—¡No, no! ¡Por Dios, no me deje usted! Yo iré también. ¡No quiero quedarme sola!

Pudo llegar con paso vacilante. Hubiera caído más de una vez, si el potente brazo de Dermont no la hubiera sostenido.

En la cabaña había una mujer, que al verlos se levantó atónita. Hasdcastle le explicó el caso en pocas palabras, diciéndole que aquella señora había estado a punto de ahogarse. ¿Podrían entrar para que la socorrieran? La mujer era una buena aldeana; buscó presurosa mantas y un diván, e improvisó un lecho para la joven cerca de un gran fuego, que encendió en pocos minutos, haciéndola descansar mientras secaba sus ropas.

Hasdcastle, entretanto, estaba en la

El Penique de La MUERTE por E. Davidson Continuation



cocina, y cuando la buena mujer entró a buscar agua hirviendo para hacer un cocimiento a Natalia, a fin de que tomara algo caliente, que era lo que en su opinión mejor le sentaría, le preguntó si habría algún cochecillo u otra clase cualquiera de vehículo que pudiera llevarlos a Southcliffe.

—¿Southcliffe? —dijo la aldeana— Hay más de cuatro kilómetros por la carretera; el camino más corto es por mar.

Hasdcastle comprendió instintivamente que no había de pensar en aquello, por penoso que fuera el viaje de otro modo, con tal que fuera posible.

En una granja que había a cosa de un kilómetro tenían un cochecillo. Si el amo estaba en casa, podría prestárselo; pero probablemente estaría en Thurston, porque era día de mercado. La señora seguía bien, y ella podría prestarle alguna ropa.

Dermont, que salió para buscar el cochecillo, encontró la granja sin ninguna dificultad. Era una casa grande, con persianas verdes, situada en la falda de una cadena de montañas. El cochecillo estaba a la vista. El amo en persona accedió a la puerta cuando Dermont llamó. El joven le hizo la petición con urgencia, y el granjero reflexionó unos instantes.

—Siento decir que la yegua ha estado andando todo el día —respondió.

Pero apilado por las súplicas del joven, accedió a que se llevara el vehículo, la yegua y un criado para que lo trajera después, por más que tres personas eran mucha carga para el pobre animal.

—Tengo un bote en la orilla, que he traído desde Southcliffe —dijo Hasdcastle—. Si el muchacho quiere ir en él, podrá encontrarme en el hotel Ajax, y traerse el coche. ¿No sería eso lo mejor?

—Sí, sí; precisamente. ¿La señora ha sufrido un accidente en la corriente del islote de la «Oveja»? ¿Querrá entrar el caballero mientras enganchan la yegua?

—Yo mismo la engancharé, si usted está cenando —dijo Dermont—. Tengo una granja en Australia, y estoy acostumbrado a trabajar. Puede confiarme el animal con entera confianza.

Dermont no podía haber dicho cosa que más interesara al granjero, que tenía un hijo en Queensland, y veía con buenos ojos todo lo que procedía de allá. Insistió en salir al patio para vigilarlo todo, a fin de que coche quedara listo.

Cuando estuvo en disposición de emprender el camino, empezaba a anochecer. Hasdcastle encontró a la aldeana esperándole en la puerta. Dentro de la cabaña, una mujer pálida y abatida, vestida con el traje que la aldeana usa, ba los días de fiesta, le esperaba para marchar, agradeciéndole en el alma su atención al buscar el cochecillo.

La aldeana le ayudó cariñosamente a

subir al coche, cubriéndola luego con la manta que el granjero se empeñó en prestar a Hasdcastle. A pesar de lo cauroso de aquella noche de verano, Natalia sentía frío. Dieron las gracias a la aldeana por todos sus cuidados, y emprendieron la marcha. La buena mujer se quedó parada, contemplándolos hasta que se perdieron de vista.

—¿Será su esposa? —pensó la bondadosa aldeana—. Si no lo es, estoy segura de que no tardarán mucho en echarles la bendición.

Era evidente que la yegua estaba cansada: apenas salieron de la aldea lo dió a entender; pero Hasdcastle no quiso reñir con ella por tan pocas, toda vez que el viaje no era largo, y la dejó seguir al paso.

—¿Está usted ya más fuerte? ¿Se siente mejor? —preguntó el joven a Natalia.

—¡Oh, sí! ¡Muchas gracias! Estoy bien ya. Soy tonta, y me asusto de cualquier cosa. Parece que he andado muy chisimo, o que he hecho un trabajo muy pesado. Estoy muy cansada; eso es lo único; por lo demás, me siento bien.

—Entonces, ¿podrá usted poner atención a una cosa que quiero decirle? —dijo Dermont.

—Ciertamente; le escucharé con gusto —repuso Natalia mientras un ligero rubor coloreó sus mejillas.

—Bueno; pues entonces... —Era difícil empezar. Pasó el látigo y las riendas a la mano izquierda—. Quiero que me dispense usted lo que le dije hace un rato. Tal vez le sorprendería.

Natalia, sonrojándose más aún, inclinó la cabeza. Hasdcastle, que la miraba con ansiedad se alarmó.

—No debí hablar en aquella ocasión —continuó—; pero no pude evitarlo, al ver cuán cerca había estado de perderla, y lo que esa pérdida significaba para mí. En el mismo bote sentí deseos de abrazar a usted manifestándole mi amor; pero no tenía derecho a ello, a menos que usted me autorizara. Ese es el deseo más vehemente de mi alma. ¿Quiere usted concederme ese derecho? ¿Quiere usted casarse conmigo?

—¡Es tan pronto! —murmuró Natalia—. Hace tan poco tiempo que nos conocemos!

Una exclamación de Dermont le interrumpió.

—Poco a mí me parece que la he conocido siempre, que es usted la única mujer en el mundo a quien conozco. Y sobre todo, sería únicamente cuestión de esperar el tiempo que usted quisiera.

—Así tiene que ser —repuso la joven.

—Yo no puedo dar una respuesta definitiva todavía, pues hace poco tiempo que le trato.

—Pero es que yo no creo que sea cuestión de tiempo —prosiguió Dermont—; creo que es puramente cuestión de simpatía. Para mí, es como si la conociera de toda la vida, como si no pudiera recordar un momento en que el objeto principal de mi vida no fuera usted. ¿No equivale eso a años enteros de mi amistad?

Hablaba con seriedad, inclinándose para mirarla; pero sin ver en su semblante nada que le diera esperanzas.

—Comprendo lo que usted quiere decir —replicó Natalia—. Yo también sien-

ga que no, esperaré. Por ahora, me conformo.

—Si tuviera la seguridad de que habría de decir que no, lo diría ahora, y no le engañaría con una ilusión falaz —dijo la joven.

—Amada mía!... ¡Vaya! Ya he hablado demasiado otra vez —dijo Dermont—; pero así es, y así será siempre, cualquiera que sea su respuesta. ¿Me permite usted darle un beso?; ¡uno sólo! No volveré a molestarla hasta que me dé una respuesta definitiva, suplicándole que sea pronto.

Natalia movió la cabeza rehusando, y Dermont sintió que su amor aumentaba con aquella negativa.

—No —murmuró la joven—. Si consintiera, no sería necesario responder más tarde, pues equivaldría a contestar a su pregunta. ¡No, no! Aún tenemos que ser amigos simplemente algunas semanas.

—sus deseos hasta que pudiera conocerle mejor. Además, le parecía odioso casarse sin mediar algún tiempo de conocimiento mutuo. Había criticado tanto a Clara, que precisamente por eso no podía hacer ella lo mismo.

No era ningún sentimiento de desconfianza lo que le había hecho fijar un plazo de espera; era más bien por respeto a él por lo que lo exigía, a fin de que se asegurase de que no había obrado de ligero comprometiéndose a impulsos de una ilusión del momento.

Llegaron al Hotel Ajax, donde encontraron al público esperándolos impacientes. El criado de la granja llevó el bote al fondeadero, y después se fué al hotel, esperando en la puerta hasta que llegaron ellos. Había hablado del suceso, y la encargada del hotel y toda la servidumbre se reunieron en el vestíbulo para ver a la señorita Kinght cuando llegara y abrumarla con felicitaciones y preguntas.

—ero; fui a socorrerla y llegué a tiempo de salvarla, haciéndola entrar en mi bote.

Apenas tuvo ocasión, se retiró del salón para ir a fumar un cigarrillo al jardín, y después, a dar un paseo por el pueblo.

Las tiendas iban cerrándose, las ventanas altas se iluminaban, dando a entender que sus moradores iban a acostarse.

El billar de un hotel de tercer o cuarto orden estaba abierto, y Dermont pudo oír los golpes de las bolas al chocar, y las voces de los jugadores.

—¡Mía otra vez! —oyó decir a una voz—. Parece que no tiene usted suerte esta noche. ¿eh? Es la primera vez que gano desde que juego con usted. ¡Creo que se cambian las tornas!

Se sintió una voz que hablaba de algo así como temblor de manos, y un hombre, que salió airadamente del billar calándose el sombrero hasta las orejas, fué a tropezar con Hasdcastle: tenía una expresión repulsiva y dura. A Dermont le pareció que era el semblante de un hombre que se había dado al Diabolo.

Era Hassard, el aventurero. Al retirarse, cuando iba a tropezar con Hasdcastle, le miró. Le pareció familiar aquel rostro, y volvió a mirarle de nuevo; entonces reconoció en aquel hombre al salvador de Natalia.

Volvió a su casa una sensación especial de disgusto e incomodidad; le parecía como si aquel hombre deliberadamente se cruzara en su camino para contrariarle. Si no se apresuraba a terminar con destreza y seguridad la obra que se había propuesto, quisiera aquel desconocido interviniera otra vez, volviendo a frustrar sus tenebrosos planes.

A la mañana siguiente, Clara, agitada y presurosa, se presentó en el hotel Ajax. Su patrona le había dicho que la señora que había estado a punto de ahogarse era la secretaria del Ajax, y allí se fué en seguida para saber todos los detalles del suceso.

—¡Parece una cosa tan rara! —exclamó Clara—. Lo extraño es que no te hayas ahogado. ¿Cómo no viste que el bote hacía agua? Nick dice que cualquiera lo habría notado; pero que lo probable es que tropezarías con algún escollo, y que entonces abriería el fondo.

—¡Oh, no! No pasé por ninguna roca; ni siquiera me acerqué al islote. Me fué imposible llegar allí, por causa de la marea. Debía de tener algún agujerillo cuando lo tomé; aunque me sorprende mucho que el señor Hassard o Wilson no lo vieran —dijo Natalia.

—¿Nick? —exclamó Clara—. ¿Qué tenía que ver con eso? Pasó toda la tarde en el campo.

—Me ayudó a echar el bote al agua. ¿No te lo dijo?

—N; ni siquiera me dijo una palabra de que te hubiera visto. ¿Qué raro —continuó Clara—. Pero eso me hace creer más firmemente que es verdad lo que él cree, porque, sin duda, de haber alguna rotura en el bote, la hubiera visto.

—Yo estoy segura de que no pasé por ningún escollo —dijo Natalia.

Algo vago en indefinido, así como una leve sospecha, se había despertado en aquella mente tan pura, incapaz de pensar mal de nadie. Era extraño que el marido de Clara no hubiera dicho a ésta nada de su encuentro de por la mañana ni de su estancia por la tarde en la ensenada. Creía que temería ser acusado por no haberse fijado bien en el barco y no ver que estaba en malas condiciones; pero entonces recordaba la insistencia con que quería que fuera a aquel islote y recogería las nefretitas de que le habló. Si tanto las necesitaba, ¿por qué no había ido él mismo a buscarlas? Es verdad que se había ofrecido a acompañarla; pero podía estar seguro de que ella rehusaría.

No hubo mucho que contar. Iba remando hacia una isla algo lejos de la orilla, y se encontró arrastrada por una fuerte corriente que hundió la barca donde iba. Como ésta no salió a flote, nadie pudo ver aquellos agujeros, ni abrigar sospechas de que el accidente no en el asunto.

—¡Qué fortuna que el señor Hasdcastle estuviera cerca! —dijo la encargada. Si no hubiera sido por eso, se ahoga usted sin remedio, hija mía.

Natalia, temblando, manifestó que así era verdad.

Hasdcastle entró en el salón. Todos le aplaudieron felicitándole; el hotel entero comentaba la aventura, queriendo oír todos los detalles de labios de los mismos protagonistas. Hasdcastle llegó a cansarse a fuerza de repetirlo.

—Estaba paseando en una barca, y vi a una señora que parecía estar en peli-



to algo de eso; así como si no fuéramos extraños. Me parece como si fuera usted un buen amigo de toda la vida.

—¡Eso es; eso es precisamente lo que yo digo! —interrumpió Dermont gozosamente—. Pues sintiendo así (¡y Dios la bendiga por sentirlo!), ¿para qué nos cejitamos esperar?

—Porque es un asunto tan capital, es una cosa tan seria la que usted me propone, que sería terrible encontrar después que un capricho nos había hecho idealizarnos mutuamente, y tuviésemos que reconocer que no éramos lo que al principio habíamos creído. No hace aún quince días que yo condenaba en mi mente un caso parecido: dos personas que conozco se casaron sin tratarse más tiempo que nosotros. Aquello me pareció una locura, y sigue pareciéndome. Dermont no cedía.

—En ese caso, mientras usted no di-

—¿Cuántas?

—Quizás tres.

—Espero que me permitirá usted acompañarla hasta entonces. ¿Cómo podremos llegar a conocernos si no estamos juntos el mayor tiempo posible?

—Creo que nos tratamos bastante —dijo Natalia—; pero es posible que pueda ser más aún.

En el fondo de su corazón sentía que la respuesta que daría pasadas las tres semanas sólo podía ser una.

CAPITULO XXXI

Una emboscada

Natalia amaba a Dermont; pero su propia dignidad le impedía acceder a



Un detalle de la ceremonia nupcial, celebrada en el Palacio Real de Tirana (capital de Albania). En primer término, los desposados.

LOS AMORES DEL REY ZOG Y LA CONDESA GERALDINA APPONYI, de Albania

UN REINO DE HOLLYWOOD.—LA NOVIA DE UN REY, AMAZONA QUE AMA LA MUSICA. LA INTREPIDA VIDA DEL MONARCA.—ZOG SE ABURRE.—TANIA, TENTADORA BAILARINA RUSA.—UN ROMANCE Y UNA BODA SENSACIONALES.—LAS ALEGRÍAS DE TIRANA, CAPITAL DE ALBANIA.

por RENATO VILLAVERDE

país bisiño, pequeño, optimista, lleno de los soles mediterráneos, un poco de leyenda y otro poco como salido de los fantásticos estudios del revolucionario Hollywood...

Albania presencia y aplaude regocijada la consagración de los amores de un Rey, el intrépido Zog I, con la bella y joven Condesa Apponyi. El radio me trae también el eco de los ciento un cañonazos que anuncian al mundo una reina más en las Cortes europeas. Geraldina se llama la reluciente soberana de uno de los países más diminutos y nuevos del viejo Continente.

Albania. Pero, ¿qué cosa es Albania? Para los amantes de los crucigramas, este nombre y este reino no representan ningún misterio. Generalmente la incógnita se anuncia así: «País europeo de siete letras y único que carece de líneas férreas». Los viajeros en los dominios del Rey Zog I tienen que tomar la ruta de los aires; los menos ricos, los ya bien democráticos automóviles, y los que forman el pueblo trasladan sus humanidades caballeros en los lomos de mulas y asnos. Tan extraordinariamente curioso es este extraño país, que por eso decía al principio que parecía creado por los magnates de Hollywood.

Situado en la península de los Balcanes, fué hasta hace poco una provincia turca y se trocó en reino hace sólo diez años 30,540 kilómetros cuadrados de superficie, 817,000 habitantes forman los dominios de Zog y Geraldine. Tirana es la capital del flamante reino en el que pesa considerablemente la influencia amistosa de Benito Mussolini.

¿La historia de Albania? Pero no hagamos historia. Dejemos esa árida mate-

ria al cuidado de cualquier diccionario enciclopédico. Mejor hablemos de los regios novios y de su romance que acaba de finalizar consagrado por 101 cañonazos.

Geraldina tiene 21 años. Zog, el regio esposo, cuenta 42. Tales cifras no dejan lugar a dudas de que éste dobla a aquella en edad. Esto nos demuestra una vez más todavía que las edades sirven para muchas cosas menos para amar. Ella es bella, jovial, decidida y pizpireta. Su sangre noble la debe a sus ascendientes paternos, familia húngara de prosopéyica estirpe. Las riquezas que posee son herencia de su madre americana, que no tuvo otros blasones que los millones de dólares acumulados por su progenitor a la sombra de Wall Street. La Condesa Geraldina Apponyi es hija de un Gran Chambelán de Francisco José y nieta del Conde Alberto Apponyi, uno de los más célebres hombres de Estado magiars del comienzo de siglo. Otro de sus tios fué uno de los defensores más entusiasmados de la autonomía de Hungría. Ella, Geraldina, nació bella, deportiva y artística. La influencia de los tzinganes se plasmó en su cabellera oscura y en su amor a la música y a los caballos. Pianista de gran temperamento y amazona de intrépida hermosura, supo hacer de la vida un carrusel de sensaciones emotivas y de prácticos dinamismos. Los arpegios y los corceles doraron su vida desde su más tierna juventud, allá entre los castillos y las selvas de la Hungría romántica. Tales armas inconscientes fueron la malla que atraparon los latidos del corazón del soberano Zog I.

Los azares de la vida política del regio consorte no le han permitido, hasta



Geraldina Apponyi, la bella condesita húngara de 22 años, que conquistó el corazón de este señor de los Balcanes.



ZAGU I, DE ALBANIA



Así era el ferrocarril para buques que el ingeniero B. Eads concibió en el año 1861 para transportar las embarcaciones sobre una plataforma de un lado al otro del Istmo de Tehuantepec. El gobierno mejicano le concedió una franquicia a Eads para realizar el proyecto, que según él costaría mucho menos que el Canal de Nicaragua.

OR este tiempo, hace 24 años, fué abierto a la navegación internacional el Canal de Panamá. Aunque la terminación de la obra, una de las maravillas de la ingeniería moderna, no recibió proclamación oficial hasta el 1920, el 15 de agosto de 1914 cruzó la vía el vapor Ancón, tomando unas nueve horas para completar el viaje entre el Atlántico y el Pacífico. Al día siguiente siguieron otras embarcaciones, junto con el primer buque de guerra que había de hacer la travesía, un destructor torpedero del gobierno del Perú.

Desde principios del siglo 16, los españoles, descubridores del istmo, empezaron a prepararse para abrir allí la primera vía de comunicación interoceánica de Centro América, y durante los 350 años subsiguientes continuaron haciendo estudios y planos con la idea de realizar la obra, a pesar de que el gobierno de Su Majestad la consideraba poco menos que impracticable.

El primer proyecto norteamericano relacionado con el Canal de Panamá lo concibió el Comandante E. P. Lull de la armada de los Estados Unidos, quien propuso la construcción de un canal del tipo de esclusas en el año 1875. Mucho tiempo antes de recomendarse este proyecto, el gobierno mejicano le había concedido al Capitán James B. Eads, constructor de los diques de la boca del Mississippi, una franquicia para construir un ferrocarril para buques a través del istmo de Tehuantepec.

Este colosal proyecto requería el levantamiento de un ferrocarril de 134 millas de largo, que en su punto de mayor altura se alzaría a 700 pies sobre el nivel del mar y podría transportar buques oceánicos hasta de 7,000 toneladas. El Capitán Eads concibió la idea de tender varias vías sobre las cuales pudiera colocarse una enorme plataforma o artesa que sería arrastrada por tantas locomotoras como se necesitasen, a un tiempo. La plataforma llevaría los buques de un lado al otro del istmo, puesto que resultaría sumamente fácil sumergirla debajo de las naves y luego levantarla hasta colocarla sobre los rieles, y repetir un cambio parecido al llegar al litoral opuesto.

Lo más interesante del proyecto era que, según los cálculos hechos, la obra podría completarse en unos cuatro años a un costo mitad del que se estimaba para la construcción de los

canales de Nicaragua. Cuando Eads murió, dejando su sueño huérfano de auspiciador, los franceses ya estaban atareados en los planos de su proyecto de Panamá, que al fin lograron comenzar el día de Año Nuevo de 1880 bajo la dirección del Conde Fernando de Lesseps.

LA historia, sin embargo, o mejor dicho la verdad histórica, es una e inexorable. El primer canal que unió las superficies navegables del Atlántico y el Pacífico no fué el de Panamá, sino el de Raspadura, construido por un humilde clérigo español en el 1788, ciento veintiseis años antes de iniciar el General Goethals la memorable jornada del Ancón a través de las esclusas y lagos de la moderna vía panameña.

Parecerá extraño, pero la documentación auténtica de esta proeza acaba de ser hallada en los archivos de la biblioteca de la Universidad de Tulane, en la ciudad de Nueva Orleans, por el catalogador Premilas F. Becnel, a quien le llamó la atención una pequeña línea negra dibujada en un mapa antíguísimo, ya descolorido y arrugado, de la zona centroamericana y parte de la región occidental de Colombia. Becnel y sus compañeros de investigación continuaron estudiando y lograron encontrar otros ocho mapas en los que siempre aparecía perfectamente claro el misterioso signo. En pocas semanas, rebuscando viejos manuscritos y libros sobre la conquista, sacaron en limpio el historial del oscuro clérigo español que logró ser el primero en abrir una ruta de agua entre ambos océanos hace más de un siglo.

Aquel laborioso sacerdote, ayudado por los indígenas, había triunfado donde las grandes naciones europeas no se atrevieron intentar romper las vallas de la naturaleza. Desde 1513, Nuñez de Balboa, precursor también de la canalización del istmo, se venía solazando con el pensamiento de unir los océanos y establecer así una nueva y más breve ruta hacia el oriente. A la visión del navegante, siguió la ambición práctica del ingeniero ansioso de crear impecaderos monumentos materiales junto a la gigantesca obra espiritual y cultural de España. Pero unos pocos desconfiados, incapaces de comprender de lo que era capaz la madre patria, hicieron abandonar el proyecto, que permaneció sepultado en el polvo de los siglos de la conquista.

AÑO del Señor de 1788. Todavía la Corona ejerce su dominio sobre los territorios fabulosos de América. En lo que va desde que Alonso de Ojeda y el aventurero Nicuesa obtienen por decreto real la posesión de las comarcas entre el Cabo de Vela y el de Gracias a Dios en el Golfo de Darién, año de 1508, las minas colombianas han enviado al tesoro de España más de 500,000,000 de pesos en oro.

Hemos pasado 280 años sentados a las puertas de las minas, sin querer penetrar en ellas, conformándonos con lo que generosamente nos escarban los indios en la superficie. Hemos estado todos esos años bajo la sombra de las palmeras o en las ocho bocas del Atrato que se abren, tranquilas, hacia el Golfo de Darién. Por sus desparramados afluentes tal vez, unos cuantos españoles han penetrado en la selva tendida al sur, remontándose hasta los manantiales remotos de la cordillera. A pocas millas de distancia del origen del Atrato está el nacimiento del río San Juan, que sigue su curso hasta la costa del Pacífico. Más claro no lo pone un ingeniero.

Internado en las entrañas de la selva, a la orilla de un pequeño afluente del Atrato, vive el oscuro clérigo Antonio de Cereso. Es el párroco de Novita, y a la vez administra las extensas propiedades de una prominente familia española, los Mosquera de Popayán.

El buen padre Cereso está cansado de las polémicas que sostiene con su coterráneo Francisco Sea, administrador de las propiedades de la familia Salinas. Estas polémicas no son de carácter ideológico, puesto que el clérigo y el lego profesan la misma religión y comparten idéntico credo político. Pero hay un punto sobre el cual no acaban de ponerse de acuerdo, ¡y qué punto más importante, madre de Dios! Colombia tiene 450,000 millas cuadradas, vetas de petróleo y rocas de esmeralda, oro y platino por montones, selva virgen y terrenos fértiles de aluvión en la llanura interminable, riquezas para abastecer el egoísmo humano durante una época. ¡Y como buenos españoles, el padre Cereso y el caballero Sea, no pueden convenir en el trazado de una simple guardarraya!

Hasta que viendo la "urgencia" del problema, el sacerdote piensa que conviene fijar una frontera permanente por medio de una zanja, y así lo arregla con don Francisco, poniendo luego a los indios en la faena de establecer los límites

del fundo. Los buenos indios, tal vez de las tribus de los Muicas y los Chibchas que Quesada y sus continuadores exterminaron en las alturas de Bogotá, esos indios semicivilizados y sentimentales, como los del Padre Las Casas, abrieron la zanja de Raspadura y navegaron por ella en sus canoas, unos hacia el norte, y otros hacia el sur...

A poco, la zanja se ensancha y las lluvias torrenciales inflan su cauce y lo convierten en un canal. El comercio florece rápidamente de un extremo al otro de los dos ríos unidos por la mano del hombre—el Atrato y el San Juan—y en las mesas de las ricas familias europeas se sirve la cocoa preparada con pepitas transportadas por el Canal de Raspadura desde las lejanas regiones de Guayaquil. No es nada nuevo lo que está sucediendo; es la fantasía y el músculo de las razas aborígenes de América activando de consuno el avance asombroso de la civilización; los bajeles de la conquista arrojando hombres sobre el continente virgen y regresando cargados de frutos y metales y piedras preciosas de esa tierra donde aun no se vislumbra, pero ya se bosqueja la decadencia de un imperio, y posiblemente el primer paso de ese destino trágico que Spengler le ha vaticinado a la civilización occidental.

BORROSE la memoria del padre Antonio de Cereso en la ermita santa levantada en las selvas colombianas. Entre los españoles de América cunde el descontento, o lo que pudiéramos llamar más bien el ansia eterna de superación de la raza de los conquistadores. Surge la chispa de Bolívar, y entre los clamores de la libertad la Gran Colombia, el movimiento de secesión de Ecuador y Venezuela con las convulsiones naturales de una revolución democrática que pierde el rumbo en el éxtasis glorioso de su epopeya.

Para el 1920, nadie recuerda el Canal de Raspadura, hasta que el Barón de Humboldt vuelve a descubrirlo en el curso de sus expediciones a las regiones del Atrato. En el 1843 se

Antiguo mapa publicado en el 1843 en Londres, en el que se indica la ubicación del Canal de Raspadura (señalado por la flecha), primera vía de comunicación interoceánica construida por el Padre Cereso 124 años antes de abrirse al tráfico naviero el Canal de Panamá.

RASPADURA: UN CANAL INTEROCEANICO 126 AÑOS ANTES QUE EL DE PANAMA

Por R. TORRES-MAZZORANNA



Premilas Becnel, catalogador a quien se debe el descubrimiento de la documentación sobre el Canal de Raspadura encontrada en los archivos de la biblioteca de la Universidad de Tulane, en la ciudad de Nueva Orleans, Estados Unidos.

publica en Londres un mapa con anotaciones sobre la primera vía interoceánica, pero tiene poca divulgación. En el 1852 la zanja de Raspadura, dejada al abandono, está casi tapada y es difícil de cruzar. Ese año sube la corriente del Atrato, hasta la misma boca de la zanja, el ingeniero norteamericano John C. Trautwine, y desiste de intentar atravesarla por las informaciones que recoge de sus boteros, pero arrastra su embarcación por otra cañada hasta el río San Juan, ¡y también llega al Pacífico!

Raras coincidencias las que ofrece el panorama de la historia. España ha estado en el Golfo de Darién y ha tendido un puente simbólico a través de la selva; ha estado en el Istmo de Panamá y ha loado a Dios frente a dos océanos; ha pasado por Méjico y desestimado las posibilidades de Tehuantepec y las de la dependencia del imperio azteca en Nicaragua. Todo lo ha tenido a la mano, hasta principios del siglo 19 en que se propagan los fermentos de la revolución.

Mientras las luchas intestinas paralizaban o cegaban a nuestros estadistas,—hombres de la Corona y hombres de la Colonia—empeñados en mantener ambas instituciones políticas frente a frente, ojos ambiciosos miraban los tesoros y las posibilidades de Hispanoamérica. Habían de sucederse hechos que, en su debida perspectiva, son como un comentario irónico al drama de la independencia centroamericana: el nacimiento brusco de una república en cuatro días, bajo la presión de 40 millones de dólares invertidos en una fracasada empresa francesa y en abierto desafío de la integridad nacional colombiana; la enajenación de la ruta interoceánica de Nicaragua, que equivale a repetir la falta de visión y fé de que adolecieron los españoles, en el mismo lugar y hace siglos, ante el mismo problema; el cierre de las palmeras y la selva ensombrecida sobre la pequeña zanja del Padre Cereso, que había de dividir el patrimonio y el fondo primero, y luego el cerebro y el espíritu de España, y que los buenos indios creyeron ingenuamente que era una gran cosa para trasladarse en canoa desde el Atlántico al Pacífico, ciento veintiseis años antes del Canal de Panamá.



TRUCUTÚ
 CACHÓN, TRUCUTÚ DESTROZARÁ A LOS LEMUELAN-DESES!
¡A LA VICTORIA!
 ENTERADO DE QUE FUGUCHÉ ESTÁ PRISIONERO, TRUCUTÚ SALE A LIBERTARLO.

LA DINOSAURA CRUZA LAS LÍNEAS ENEMIGAS Y LLEGA AL CUARTEL GENERAL DE LEMUEL.
 PALACIO REAL DE LEMUEL

¡CACHÓN, NOS VA A APLASTAR!
 ¡VIENE POR LEMUEL!
 ¡SE ACABÓ LEMUEL Y LA GUERRA! ¡POBRECITO!
 ¡LO VA A MATAR!

¡CACHÓN, NO SÉ NADA DE SU SOCIO! ¡LE JURO POR LO QUE QUIERA QUE NO LO CAPTURE!
 ¡AH, CONQUE SIGUE MINTIENDO!

¡QUIZÁS CAMBIE DE MANERA DE PENSAR DENTRO DE POCO, LEMUELILLO!

¡GUGUZÚ, ENCARCELA ESE PRISIONERO!
 ¡CACHÓN, ES EL REY LEMUEL!

¡AL INFIERNO CON ELLOS! APRESARON A MI AMIGO FUGUCHÉ Y YO LES SECUESTRE A SU REY.
 ¡CACHÓN, TRUCUTÚ, ELLOS NO LO HICIERON!

¿CÓMO ESTÁ EN EL HOSPITAL, CURÁNDOSE LAS HERIDAS?
 ¿NO LO SABÍAS?

LO SIENTO, LEMUEL, PERO TE HA LLEGADO LA HORA.
 ¿LA HORA? ¡ESTO ES UNA AFRENTA QUE SERÁ VENGADA!

¿CÓMO UN REY PERMITE QUE A UNA MAJESTAD ARISTOCRÁTICA SE LE VILIPENDIE ASÍ?

¡ES UN INSULTO A LOS REYES!
 ¡CACHÓN, TIENES RAZÓN! ¡LOS REYES SOMOS REYES Y A LA PLEBE HAY QUE DARLE UNA LECCIÓN!

GUGUZÚ, NO ACEPTO HONORES POR HABER GANADO LA GUERRA. ¡ME SIENTO SATISFECHO CON HABER RESCATADO A FUGUCHÉ, MI BUEN AMIGO!
 ¿HONORES? ¡ESTÁS ARRESTADO! ¡A LA CÁRCEL CON ÉL!

¡DESPUÉS DEL CASTIGO QUE TE DAREMOS, APRENDERÁS A RESPETAR A LOS CABALLEROS DE SANGRE REAL, SO' PLEBEYO! ???

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA LA DESTRUCCIÓN DE LEMURIA
 SI ACEPTAMOS que el supuesto continente de Lemuria se sumergió en el Pacífico hace 12,000 años, cosa que niegan los geólogos, esta catástrofe debió ocurrir en la misma época que el hundimiento de la Atlántida. Según esta teoría, ese fué un período de grandes convulsiones terrestres y es muy posible que un hundimiento continental diera lugar a otros fenómenos.



MARAVILLAS DEL MUNDO
 Los MOSQUITOS

SON LOS INSECTOS MÁS AMENAZANTES PARA EL HOMBRE. PROPAGARON LA FIEBRE AMARILLA EN EL TRÓPICO CAUSANDO MILES DE MUERTES. HOY DÍA, LA CIENCIA HA CONQUISTADO A LA FIEBRE AMARILLA.

PERO LOS INHABITANTES DEL GLOBO CONTINUAN SIENDO VÍCTIMAS DE LA PERSECUCIÓN DE ESTOS ANIMALITOS, CUYO ZUMBIDO ES ATORMENTADOR.

EL MACHO ES VEGETARIANO Y SE ALIMENTA SOLAMENTE DE LOS JUGOS QUE EXTRAE DE LAS PLANTAS Y LAS FRUTAS.

LOS HUEVOS DE LOS MOSQUITOS FLOTAN SOBRE EL AGUA EN MONTONES. LAS LARVAS RESPIRAN POR MEDIO DE TUBILLOS QUE SACAN HASTA LA SUPERFICIE DEL AGUA.

SI SE LES ECHA ACEITE EN EL AGUA, NO PUEDEN RESPIRAR Y MUEREN.

LOS MOSQUITOS NO MUERDEN, SINO QUE DAN ALFILERAZOS EN LA PIEL.

PECOSO Y SUS AMIGOS

UN TRIPULANTE LANZA UN ROTÉN SOBRE DANNY.
 ¡CUIDADO, DANNY!

¡CASI HIZO BLANCO!

ESO ES UNA MUESTRA DE LO QUE LE PASARÁ SI NO NOS HACE SOCIOS DE LA EMPRESA.

MOTÍN, ¿EH?
 POR SUPUESTO. TENEMOS TODAS LAS ARMAS DE A BORDO Y NADA PODRÁ HACER CONTRA NOSOTROS.

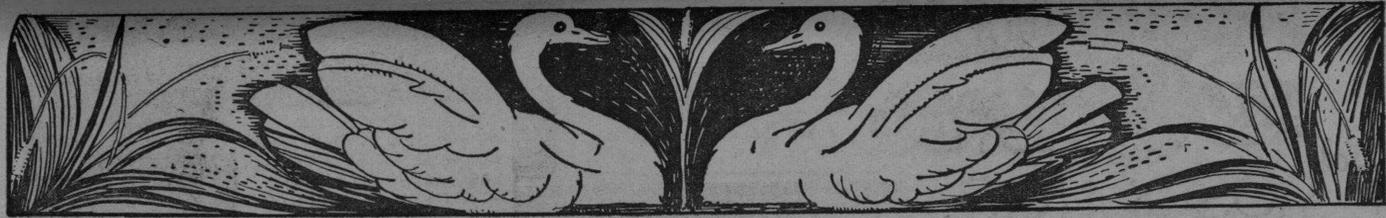
VOY A MOSTRARLES LO QUE HARÉ PARA DETENERLOS. LOS BARRERÉ CON ESTA AMETRALLADORA.

¡JÁ, JÁ, JÁ! NO SABÍAN QUE TENÍA UNA AMETRALLADORA. DEBEN LANZAR LAS ARMAS AL MAR O LOS BARRO.

¡MANOS ARRIBA Y QUIETOS!
 ¡VE A VER QUIÉN ES NUESTRO PROTECTOR!

¿QUÉ, NO ERAN TAN VALIENTES?
 ¡YA LOS ESTARÉ VIGILANDO CONSTANTEMENTE BANDIDOS!

¿ALGUIEN DEJÓ EL RADIO CONECTADO?



con que la novia era nada menos que la secretaria, y el novio, aquel caballero tan distinguido llamado Hasdcastle. La encargada fué la madrina, y la señora curiosa apenas se pudo esperar hasta terminar la ceremonia: tanta era su prisa por volver al hotel y dar la noticia. Empezaba el almuerzo cuando entró, y en seguida corrió la nueva de boca en boca.

—¡Parece mentira! ¡La señorita Kinght y el señor Hasdcastle se han casado esta mañana! ¿Han oído ustedes nada igual?

La noticia produjo viva sensación. Al mediar el almuerzo se vió volver a la señorita Chase hacia el hotel; pero sola. Un chaparrón de preguntas cayó sobre ella. ¿Dónde estaban los novios? ¿Había un baile en el hotel aquella noche en honor suyo, o darían quizá un almuerzo de boda?

—Se hará lo que ustedes quieran—re- puso la encargada—. Pero tendrán que divertirse solos. Los novios se van a Londres en el tren de las nueve; acabo de despedirlos en la estación, y creo que no volveremos a verlos por aquí en algún tiempo.

Los chasqueados tuvieron que conso- larse como mejor pudieron. Pronto en- contraron otro asunto que excitara su interés. Una señora que también perte- necía a la colonia veraniega, ignoraba lo que habría ocurrido a su marido. Ha- bía ido a arreglar unos asuntos en Lon- dres, y ni había vuelto, ni había habido la menor noticia suya. Unos momentos antes del casamiento fué al hotel, pro- fundamente afectada, y habló con Na- talia.

Desde el día que salió de Southclife prometiéndome volver al día siguiente, no se había sabido una palabra de él. Cuando la gente del hotel supo que había de- jado cuenta en todas partes, humo comi- dilla para un mes, y al oír que frecuen- taba los billares y las cervicerías, se en- cogieron de hombros, y comprendieron el motivo de la desaparición de Hassard.

Se marchó abandonando a su esposa recién casada, porque no le era posible continuar allí; siempre ocurría igual son semejantes gentes. Con seguridad no vol- vería a verle más. Esta profecía se cum- plió, porque Clara no volvió a saber nada de Hassard. Durante un par de sema- nas, lloró a mares; después secó sus ojos, y se consoló lo mejor que pudo.

Natalia, caritativa y buena, se compa- deció de ella y suplicó a su esposo que le asignara una pensión, que aunque pe- queña, fué lo suficiente para viviera con desahogo.

—En recuerdo de los días que pasa- mos juntos en el «Bon Marché», y en consideración a lo feliz que yo soy, mien-



traz ella es desgraciada—dijo Natalia—, parece que tengo el deber de hacerlo; y, además, querido Dermont, hemos que- dado en usar nuestra fortuna de cierto modo, en recuerdo de su origen. ¿Te acuerdas? La pobre Clara es poco aficio- nada a trabajar, y le sería muy dura la miseria después de haber acariciado la ilusión de que se casaba con un hom- bre rico. Procuraremos que no pase gran- des privaciones; ¿verdad, querido esposo?

Clara no es desgraciada, a pesar de

todo... vive en una casa humilde; pero viste bien, va a teatros y bañeros en invierno y a las playas y balnearios en verano y se divierte todo lo que puede. El único disgusto que tiene (cosa que no se cansa de repetir a todo el mun- do) consiste en ignorar si es casada o viuda.

—¡Hay tantísimos caballeros que se casarían conmigo si estuviera libre!— le decía amargamente—. Pero el no haberlo de cierto es precisamente lo malo.

—¿Qué si son felices Natali y Der- mont? Si lo son los que ven realizados los deseos más caros de su corazón, nadie lo es como ellos. Se aman tanto, que les bastaría estar juntos para estar con- tentos, aunque vivieran en una isla de- sierta o en un páramo arenoso. Clara os dirá que si ellos no son felices, no hay nadie en el mundo que lo sea.

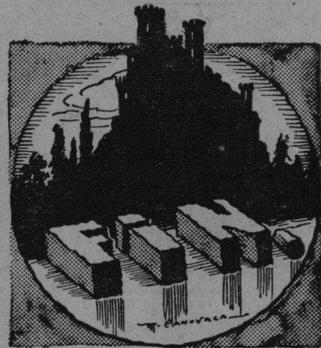
—Tienen una casa en Londres y un hotel en el campo, y pudgen gastar di- nero prodigiosamente. ¡Nunca he visto suerte igual que la de Natalia! Yo debí haber esperado; tal vez el señor Hasd- castle se hubiera enamorado de mí en vez de querer a Natalia, si yo no me hubiera casado con Nick. De todos ma- dos, me casé con un caballero tan cabal- lero como el marido de Natalia, y el mío era más guapo.

Como dice Clara, es cierto que pue- den gastar a su antojo; pero no lo mal- gastan por ningún concepto. Apenas sa- ben de alguna necesidad, acuden con mano generosa a remediarla, especial- mente si se trata de criminales o próxi- mos a serlo que quieren cambiar de vi- da y necesitan que se les tienda una ma- no generosa. Nunca olvidan la obra de misericordia que fué el origen de su for- tuna. Si el viejo Hasdcastle lo sabe, se alegrará seguramente en el fondo de su tumba de ver el modo cómo emplean aquella fortuna hecha a costa de tantas privaciones y con un fin tan noble.

—¿Sientes que te encontrara, vida mía?—pregunta Dermont algunas veces a su mujer, sonriéndose.

No necesita preguntarlo; pero le agra- da ver la luz y la alegría que ilumina el semblante de Natalia al responder:

—¡Sentirlo! ¡Oh Dermont! Si me pre- guntas eso, tendrás que preguntarte a tí si sientes haber llegado a tiempo con tu barco a aquella tarde memorable



Viejas Postales Descoloridas

POR FEDERICO VILLOCH NOCHES de TACÓN

NOS paseábamos una tar- de por el estrecho y sombrío patio del teatro «Nacional», tan dis- tinto de aquel otro, am- plio y luminoso, del an- tigo «Tacón», cuando un viejo profesor de música, amigo particular y primer co- laborador teatral nuestro, el meastro Fraguila—de aquellos que tanto se ha- cían aplaudir en las grandes orquestas en noches de ópera—se acercó efusivo a nosotros para acompañarnos en la evo- cación de los recuerdos, que, bien a las claras se veía, nos embargaban en aque- llos instantes. ¿De qué van a hablar, cuando el azar los reúne, dos viejos profesionales del teatro? Surgieron, pues, de los misteriosos escotillones de la memo- ria, las amenas noches de «Tacón», que nos deleitaron en pasados tiempos; y allí fué el hablar sin tregua de las tempo- radas, actores y compañías que tanta gloria, aplausos y provechos habían con- quistado en el amplio y cómodo escenar- io del histórico coliseo habanero, le- vantado por don Francisco Martí en tiempos del General Tacón el año 1836, según reza la lápida conmemorativa que se conserva en el patio del referido tea- tro. Hablar largo y detenidamente de cada una de las compañías que actuaron en aquel coliseo durante los años que permaneció abierto al público, hubiera sido cosa de no acabar nunca, así que nos concretamos, como se comprenderá, a aquellas que, por uno y otro motivo, se señalaron con mayor relieve dejando en nosotros su recuerdo. Además, como habrán tenido ocasión de observar nues- tros benévolos lectores, los asuntos que tratamos en estas postales, no van más atrás de cincuenta años, ciclo que co- rresponde al período contemporáneo de nuestra historia social, del que pueden darse cuenta y apreciarlo sólo los que, lector o autor, lo hayan vivido.

Y con el recuerdo de aquellas tempo- radas, vinieron también a nuestra me- moria los de los empleados que durante tantos años prestaron sus servicios a los propietarios del Teatro, la familia he- redera del célebre Pancho Martí, siem- pre con la honradez y la fidelidad más acrisolada: Facenda, Ramón Gutiérrez, Domínguez y los que perduraron más que todos en la casa: Sabino Delmonte, el taquillero más popular de la Habana, y el hombre de las «maldades de buen humor» y los cuentos chistosos; y tam- bién el activo y constante galleguito «Maximín», que desde mozo servía con la más fervorosa dedicación a la fami- lia de los Martí, hasta que éstos tras- pasaron la propiedad del teatro a la asociación del Centro Gallego. Sabino y «Maximín» eran del «Teatro Tacón». El primero guardaba en la memoria las «hojas» de las principales compañías que habían actuado en el teatro; el produc- to total de sus primeras entradas, el brillante resultado de los beneficios más notables que en el mismo se habían lle- vado a cabo—el del tenor Aramburo, el de Sarah, el de la Vitaliani, la Mariani, la Guerrero, Vico, etc.—los pingües sueldos que ganaron los más famosos artistas contratados para funcionar en aquél, desde Coqueñin hasta Larra, No- velli, etc., etc.; el segundo, «Maximi- nín», era un almacén de chascarrillos, cuentos y frases de los actores y acrí- ces de renombre que habían pasado por aquel escenario—tan enorme que casi se podía dar en él una corrida de toros—si bien costaba Dios y ayuda enterarse en definitiva de lo que el bueno de «Ma- ximín» intentaba referirles a sus oyen- tes, con aquella su característica ma- nera de hablar a trancos, sembrada de inesperadas elipsis, frases gerulíficas y períodos cortados en lo más interesante de la narración.

—Pero me abismas con tu conversa- ción «sincopada», «Maximín»—le decía Rendueles, un chistoso periodista madi- lleño que venía representando a la com- pañía de don Antonio Vico. —¿Qué es



lo que quieres decir? Habla claro.

—Pues, verá usted—le contestaba «Ma- ximín»—no es que yo... bueno; pero en fin... y no lo digo yo, que lo dicen los «tramoístas»...

Los viejos tramoyistas de «Tacón» eran la autoridad indiscutible para el bueno de «Maximín». A su fe se acogía siem- pre que quería testificar algún suceso im- portante, o buscaba una base para sus- tentar sus creencias. Lo que se explica teniendo en cuenta que su mocedad se había desarrollado entre aquellos, sien- do sus guías y maestros en aquel su úni- co mundo que era el escenario del tea- tro «Tacón». Cuando se intentó venderle éste al gobierno de la Primera Repú- blica—lo que no llegó a efectuarse por haberse enfermado de «angina grave» el Presidente Estrada Palma—«Maximín» sufrió lo indecible, suponiendo su pro- bable desplazamiento una vez que pa- sara el coliseo a manos oficiales; pero, en cambio, respiró hondo y fuerte, en cuanto dieron comienzo los primeros pa- sos para comprarlo el Centro Gallego, transacción que él desde un principio daba por realizada por que, como de- cía:

—Lo aseguraban los «tramoístas». Este amor por la región acabó por perder al confiado y candoroso «Ma- ximín». Había elegido para depositario de sus ahorros a un su paisano estable- cido en un café de aquellos alrededores, el cual se declaró en quiebra y desapa- reció de la noche a la mañana, lleván- dose los depósitos de «Maximín»—más de cuatrocientos pesos—y el de otros in- cautos por el estilo.

«Maximín» ha seguido siendo el em- pleado activo y respetuoso de antaño; y continúa al presente prestando sus ser- vicios en varios teatros y cines de esta capital, encargándose de llevar los pro- gramas a la sección de espectáculos pú- blicos del Ayuntamiento, pagar los im- puestos, sacar las licencias y otras ges- tiones similares. Se le empezó a llamar «Maximín» porque, cuando muchacho, andaba siempre junto a Maximino Fer- nández, tenor cómico muy aplaudido, de la compañía de don José Palou, que tra- bajaba en «Tacón»; pero su nombre real, que conocen contadas personas, es el de José Camilo Cabaleiro. También cargaba de muchacho, paseándola por aquel esce- nario, cuando tenía dos o tres años, a la hija de don José y su esposa Carmen Ruiz, María Palou, la hoy aplaudida ar- tista dramática que no ha mucho tra- bajó en el Teatro Principal de la Co- media, bajo la dirección de Felipe Sas- sone y cuando aún vivía su propietario Luis Estrada.

Cuando la bella y genial intérprete de tantas obras del teatro moderno—los Quintero, Benavente, Linares, Arniches—recibía una delirante ovación del públi- co, «Maximín», conmovido como un buen padre, le decía a los que se ha- llaban a su lado:

—No, si... es que hay que ver que...

bueno; ¡ya esto lo vaticinaban en «Ta- cón» los «tramoístas»!

Muchas y buenas novedades se han sucedido en los teatros habaneros; infi- nitos actores han recibido en sus esce- narios los homenajes de un público ple- no de entusiasmo; se citan nombres y se recuerdan temporadas líricas y dra- máticas en medio de las más calurosas frases de elogios; pero entre ese núme- ro crecido de excelentes recuerdos artísti- cos, sobresale y perdura el de una com- pañía que hizo época en los anales de nuestros teatros: la de zarzuela españo- la, que allá por el año 89 funcionaba en el gran Teatro de Tacón, dirigida por el aplaudido baritono catalán don José Pa- lou.

Esta compañía funcionó algunos me- ses; y siempre en viva competencia con la del mismo género que ocupaba, por la propia fecha, el teatro Albu, de la que eran figuras principales el aplaudi- do y arrogante tenor mallorquín señor Massanet, el baritono Villareal, los her- manos Areu, y el bajo cómico don Ale- jandro Castro, que tanto se había hecho aplaudir de nuestro público desempeñan- do el «Cartuchera» de «Los sobrinos del capitán Grant». La competencia fué el origen del auge artístico a que llegó la compañía de Palou: la gloria artística fué suya; pero el éxito económico le co- rrespondió a la compañía de Albu. Es- ta compañía tenía de su parte, pudie- ramos decir, el favor oficial, con la de- cidida protección que le brindaba el re- presentante aquí en la Habana de la propiedad española, señor Modesto Bo- ceta; pero la de «Tacón» tenía por parte de su director y empresario el citado baritono Palou, el firme propósito de vencer todos los obstáculos y gastarse el último centavo, ansioso de sumarse cuantos elementos artísticos de verdade- ro mérito se le presentaran; y así fué como llegó a tener el mejor y más completo elenco de zarzuela española que ha funcionado en la Habana... Y así fué como ello le costó al infeliz Palou, la salud, la paciencia y el dinero...

El público corría de Albu para «Ta- cón»; y de «Tacón» para Albu; y ha- bía partidarios de uno y otro teatro, que en esta época con seguridad hubieran llegado a arrojarse hasta granadas de mano y bombas explosivas, que con tal enardecimiento defendían a sus ídolos respectivos. Un momento llegaron ambas empresas a disputarse seriamente la obra en tres actos titulada «Las hijas del Zevedeo», siendo el afortunado vencedor el Gran Teatro, sin otro resultado prác- tico que haberse dado a conocer en ella un modesto y oscuro artista, que más tarde fué la adoración del público ha- bano: el popularísimo y malogrado ac- tor cómico «Pírolo»—José López—, her- mano de Regino.

Se entablaron reñidas apuestas en el público por cuál de ambos teatros estre- naría la obra. Funcionó el cable sub- marino para ponerse las empresas en

contacto con los autores de aquélla, que residían en Madrid. La prensa diaria llenaba sus planas con interesantes y ca- lurosas informaciones, bajo titulares co- mo estos: «Tacón» se lleva «Las hijas del Zevedeo»; «Albu» no cede»; «Palou» recurrirá a los tribunales»; «Azuc» ase- gura llevarse el gato al agua», etc., etc. Era el tema candente del día en cafés, paseos, carritos urbanos y guaguas de Estanillo. Hasta que se estrenó la obra en «Tacón», y el público vió, desencan- tado, que más había sido el ruido de las nueces, es decir, que el Zevedeo te- nía unas hijas que no valían la bula que habían armado.

La compañía de Palou llegó a contar con cinco o seis artistas de gran cartel: Carmen Ruiz, esposa de Palou; la «Chole» Goizuela, la Quesada, Soledad Alvarez, la cubana Carmita Ruiz, que debutó con «Las campanas de Carrión»—una vocetita fina, delicada, como tim- bre de «boudoir»—, María Nalvert, la Padilla, la Gallardo, compañera de «Gu- tierro», el tenor cómico entonces que, cargado de años y de recuerdos de tea- tros, falleció aquí en la Habana re- cientemente. Se le llamaba a «Tacón» el teatro de las siete tiple.

De hombres tenía los tenores Prats—el famoso Jorge de «Marina»—, Marimón, Varella, el galleguito, y el entonces con- tudente y definitivo Ricardo Pastor. El tenor cómico Maximino Fernández era el director de escena, y con estos elemen- tos y las obras «Bocaccio», «Fatinitza», «Doña Juanita», «Tierra», «El Grumete», «Las hijas de Eva», «El Juramento» y otras obras grandes, lograba atraerse el público habanero. También aparecía en el cartel aquella célebre opereta «Cam- panone», que se reprisaba de continuo, para presentar una nueva tiple que se lucía en el rondó o un tenor que ha- cía estremeerse a las mismas diablas con sus calderones en el grandioso con- certante; números todos que inmortaliz- zaron a su autor el maestro italiano Mazza.

El gran Valentín González, actor que luego decayó bastante, dirigía la escena con Maximino Fernández. Lo único que se echaba de menos era que aun no existía el Batación. De haber existido, el infeliz Palou no se hu- biera arruinado, sino que, por el con- trario, hubiera ganado muchísimo dine- ro. Ya que no lo ganó con las exquisitas voces de sus tiple, lo hubiera tenido a montones con las bellas formas de la Gallardo, de la Ruiz, de la Quesada, de la Nalvert, y, sobre todo, ¡ay!, con las de Carolina y Amelia Méndez, que los condenados «maillot» dibujaban de tan provocativa manera. Esta vez, amigo, viejo lector, se retrasó el progreso algu- nos años para nosotros.

Con el de la compañía de Palou se mezcza también el recuerdo de las tem- poradas de Grau, Mauricio, de la que pasamos a ocuparnos.

(Continuará el próximo domingo)



El terror que había sostenido a la fe, pero parecía haber agotado sus fuerzas; empezaba a vacilar, y no podía tenerse en pie.

Dermont se puso a su lado, dispuesto a no dejarla andar sola un momento, y le dió el brazo.

—¿Por qué viniste aquí? —le preguntó con acento de reproche, haciéndola sentarse sobre la hierba para descansar un poco—. ¡Sin decirme nada! Era imprudente, sabiendo que había una advertencia para que no entrara nadie.

—¡Una advertencia! ¿Dónde? Yo no la he visto. En ese caso, no hubiera ido de ninguna manera. Ignoraba por completo que los muros pudieran caerse con tanta facilidad, y si hubiera tenido la más leve indicación, no hubiese entrado.

—¿Pues qué? ¿No viste el cartel que lo advertía? —interrogó el joven.

—No. ¿Qué quieres decir? Dermont miró al poste indicador, y lanzó una exclamación de asombro; estaba vuelto, y parecía un simple papel blanco.

—¡Ya lo comprendo! —murmuró—. El poste es aquí; el cartel se ha vuelto por una u otra causa, y no podía verlo; ha sido providencial que no llegaras a entrar. De todas maneras, no debiste venir sola. Si me lo hubieras dicho, habría venido contigo, y no te hubiera dejado pasar de la empalizada.

—No podía —dijo Natalia—. Tenía que venir sola y sin que nadie lo supiera...

La joven tembló, recordando súbitamente el objeto que la había llevado allí, y se levantó horrorizada. ¡Dentro de las ruinas estaría el hombre que le había escrito! ¡Podía ser que él tampoco lo supiera! Quiso ir a fin de socorrerle, si era tiempo todavía.

—Pero ¿quién es él? —exclamó Dermont sorprendido y disgustado.

—Un hombre a quien no conozco de bía estar ahí esperándome. ¡Oh, qué cosa tan terrible si ha perecido en la catástrofe! —exclamó Natalia.

—No te muevas, vida mía; yo iré a verlo —dijo Dermont, corriendo como un relámpago, sin que Natalia pudiera decirle otra cosa que:

—¡Por Dios, ten cuidado!

Dermont fué a las ruinas, entró con suma precaución, y recorrió todo el terreno.

A Natalia le pareció un siglo el tiempo que Dermont tardó en volver. Contuvo el aliento, a fin de oír el menor ruido de una piedrecilla; pero no sintió nada. La paz y el silencio más profundo reinaba allí.

—No había nadie —dijo Dermont, recelando—. No he podido acercarme a los escombros, porque forman un gran montón donde estuvo la puerta; pero he recorrido las galerías, y no he visto señales de que haya habido nadie.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró Natalia—. Quizá no vendría, después de todo. Tal vez sería una broma, o que rían burlarse de mí.

—Pero ¿a qué te refieres, Natalia mía? Aún no me has dicho a quién debías encontrar ahí. No te entiendo.

—Recibí una carta esta mañana con un recorte de periódico —dijo Natalia, buscándolo en el bolsillo—. Aquí la ten, go. En ella me decían que viniera a estas ruinas para saber algo que me interesaba mucho. Firmaba un abogado, añadiendo que era asunto privado, y que guardara absoluta reserva; así que no debía decirlo a nadie. Afortunadamente, no ha venido.

—¿Y te pedía que vinieras sin decirlo a nadie? ¿Qué cosa más rara y fuera de lo corriente! ¡Nunca he oído otra igual! ¿Quieres enseñarme esa carta? Porque, en realidad, no lo entiendo.

—Claro que puedes verla. La buscaba para dártela —dijo Natalia, abriendo el portamonedas, y sacando una carta muy dobladita que había en uno de los compartimientos. Al sacarla, cayó una moneda de plata que estaba dentro de los pliegues—. Este es el anuncio del periódico —dijo.

Mientras Natalia desdoblaba la carta, Dermont tenía los ojos fijos en la moneda que había caído sobre su falda; la cogió, y la miró y remiró como si no pudiera dar crédito a lo que veía.

—¿En nombre de Dios, dime cómo has obtenido esta moneda! —exclamó en el colmo de la sorpresa.

Era una moneda gruesa y pesada del tiempo de Carlos II.

Natalia alargó una mano para recobrarla—. No quiero perderla —dijo—. Es un tesoro. Siempre la llevo en el portamonedas. Es, como si dijéramos, mi talismán. Tengo la preocupación de que me da la suerte, y llevándola en el bolsillo me parece estar segura. Si la pierdo, perderé la buena suerte.

—Pero ¿cómo llegó a tus manos? ¿Sabes a quién perteneció antes? ¿Quién te la ha dado? ¡Esta es la cosa más extraña que he visto en mi vida!

Natalia, a su vez, miró sorprendida a Dermont.

—Me la dió mi padre —exclamó—, diciéndome que la guardara y que no me separara jamás de ella. Ha estado en nuestra familia años y años; no sé cuántos; pero supongo que desde que fué acuñada. Había dos, y mi padre me contaba que las usaban en nuestra familia para tapar los ojos de los muertos, por lo cual las llaman «peniques de la muerte». Un nombre singular; ¿verdad?

—¿Dónde está la otra? —murmuró Dermont con voz ronca y cavernosa—. ¿Qué ha sido de la otra?

—Yo no lo sé —repuso Natalia mirán, dolo sorprendida—. Mi padre me dió una vez que no se lo preguntara: estaba muy lejos, al otro lado del mundo. Había esperado obtenerla de nuevo durante muchos años; pero había sido chasco. Al hablar de eso siempre se ponía muy triste, y cambiaba de conversación.

—¡Será ésta! —exclamó Dermont después de buscar con ansia febril en sus bolsillos, y sacar un bolsillito de gamuza, de donde extrajo una moneda exactamente igual a la que tenía la joven. Entonces fué Natalia la sorprendida.

—¡Sí, sí! ¡Tiene que ser! ¿Qué extraño! —murmuró—. Mira: la fecha es la misma. Es indudablemente la compañera de la mía. Ahora, pregunto yo a mí vez: ¿cómo ha llegado a tu poder?

estados de su casa. Seguro que años más tarde después de haber desamparado el triste oficio, para ella, de cobradora de lunetas, en el teatro Principal, allí donde el laurel y el mirto ciñeran mil veces su nermosura, y la gloria vino a besar su simbólico corno de comediante sin par.

MARIA LADVENANT

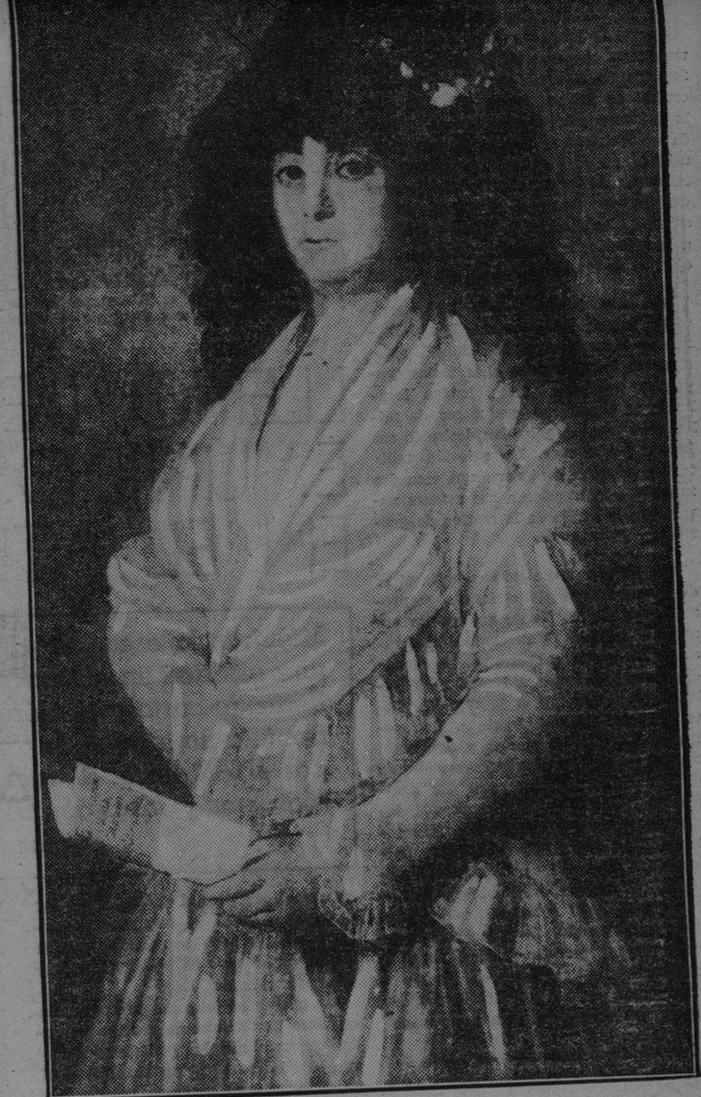
¡Paso a la gran Mariquita, la de los ojos como soles, «la divina», al decir de Moratín, búcaro tierno de desplante y rumbo, de frivolidad e impudor, tal que si en ella hubieran querido florecer las gracias todas de la manolera de su siglo!

Nadie con más títulos que la Ladvenant pudo cantar aquella «introducción» que popularizó otra garbosa de punta: Polonia Rochel.

Ninguno extrañe que sepa de las majas todas las artes; porque yo nací chusca.

leche chusca me daba. Venga quien venga a ver mi estampa, verá lo que le digo no es «alabancia» sobre que soy la reina de las remajas.

Valenciana de nacimiento, los soles de Madrid doraron pronto su belleza, confiéndole aquel genial descaro que era como la arista más viva de su ser. «En su aducción—escribe Cotarelo—no tuvieron parte aquellos maestros impostores que hacen costosa la ignorancia y hereditaria la preocupación. Su ingenio perspicaz y superior, por decirlo así, a las ciencias mismas, nunca supo sujetarse a aquel estudio estéril en que, aprendiendo a discurrir por cabeza ajena, no se deja a la propia tiempo para pensar. Menospreció así animosamente todas las artes, excepto la de agrandar, y su corazón tierno y sensible necesitaba pocos preceptos pa-



María del Rosario Fernández, la «Tirana», por Francisco de Goya y Lucientes.

LOS ANCIANOS
LOS NIÑOS ANEMICOS

LAS JOVENES QUE FATIGA LA FORMACION ENCUESTRAN EN EL

QUINIUM LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

ra llegar a lo sublime de esta arte encantadora.

Nos encontramos, pues, ante una prodigiosa intuitiva, ante una redomadísima coqueta, que luce y reluce en la escena española con fulgores rabiosamente propios, dejando tras de sí el ejemplo inimitable de una labor dramática, cuyo secreto sólo ella poseía.

Para que fuera original en todo, acaso sea la única cómica que haya sufrido prisión por cuestiones de protocolo artístico. Irritada por las habladurías de envidiosos y danzantes, resolvió retirarse del teatro, cosa que realizó en 1765. Pero a poco, su vocación pudo más que su disgusto y elevó un memorial a la Junta de Teatros, pidiendo ser admitida de nuevo en los elencos.

No faltaron guardaños de su propio oficio que sugirieran al corregidor la idea de que el documento de la Ladvenant pccaba de irreverente. Y cátese a nuestra buena Mariquita arrastrando sus batas de vellorí por los calabozos de la Cárcel de Corte, donde no debió permanecer mucho tiempo, ya que un año después la vemos en comedias y tonadillas, en el teatro de la Cruz, más rozagante y graciosa que nunca.

¡Mientras estuvo presa, las furias del encono la tundieron a epigramas e insultos del más ruin estilo. Lo más suave que la llamaron fué disoluta embustera, quita-joyas, llegando en este «increscendo» a vocablos enteramente irreproducibles. Mariquita se regocijó mucho con el «floreo», intercalando algunos de estos términos en sus tonadas, para que viesan que no la habían herido en lo más mínimo.

Murió en plena hermosura—a los veinticinco años justos—y apenas sus desposos recibieron tierra sagrada en la Iglesia de San Sebastián, por pertenecer a la Cofradía de la Novena, los mismos que la cuorieron de oprobio se deshicieron en encendidas loas a su arte y belleza, asegurando que el teatro quedaba huérfano con la muerte de la Ladvenant, a más de otros lamentos y compunciones visiblemente exagerados.

Dejó cuatro hijos, de los cuales sólo el mayor ostentaba el apellido de su marido, del que vivía separada hacía tiempo. Los restantes eran fruto de sus devaneos, señalándose a este duque o a estotro marqués como sus posibles progenitores.

«Vivió en alegría y murió en gloria», dice un papel de la época. Y a esto cabe añadir que con Mariquita Ladvenant se pago una pura luz de majeza, de aquellas que volvieron por los fueros de un acendrado españolismo, en los tablados de Madrid, cuando la cavatina y el rondó ahogaban entre sus notas el brioso aire de la seguidilla.

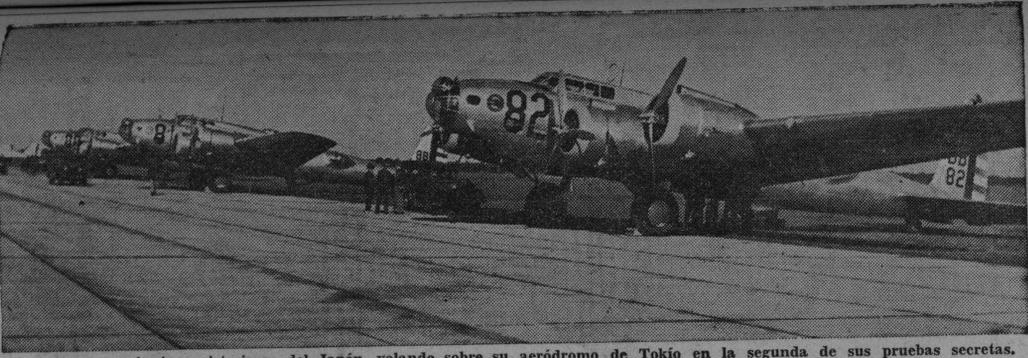
El avance de los comandos militares por el resultado de los primeros dos de los cuatro días de maniobras en la costa Atlántica de mediados de mayo ha cedido el paso a una nueva viva alarma. Como hemos informado en crónicas anteriores, la idea central de las maniobras era que toda la escuadra americana estuviera ocupada en rechazar el ataque de una flota asiática en el Pacífico. La defensa de la costa Atlántica contra una escuadra europea enemiga y aliada de la asiática quedaba por lo tanto entregada a la aviación, las baterías de costa y el ejército de los Estados Unidos.

Las fuerzas azules eran las americanas, negras las invasoras. Las primeras 48 horas fueron de triunfal regocijo. 222 aviones, entre ellos varios grupos de fortalezas aéreas, habían localizado al enemigo a centenares de millas mar adentro, y habían destruido sus barcos portaviones. La aviación militar era capaz de contener a una escuadra invasora y de repelar a sus aviones navales sin la ayuda de la marina de guerra.

Pero los días que siguieron hasta el 17 de mayo fueron de siniestras sorpresas leídas en los planos en que los comandos seguían el desarrollo hipotético de las acciones guerreras. La escuadra rechazada frente a Nueva York había logrado reunirse a la segunda flota «negra» europea frente a las costas de Virginia en el Sur y desde ahí mandaban escuadrones tras escuadrones de aeroplanos a bombardear los aeropuertos, fábricas de armamentos, baterías de costa y hasta ciudades del interior. Una fuerza de desembarco premunida de tanques y poderosamente cubierta por aviones se había apoderado de Langley Field (Virginia), uno de los principales campos de aviación americanos muy al interior; otra operaba precariamente pero operaba en Aberdeen (Maryland) centro militar de importancia que estuvo en manos «negras».

Los invasores negros pagaron caro por sus momentáneas victorias; tres de sus diez barcos portaviones fueron hundidos con dos de sus grandes acorazados y un buen número de barcos auxiliares. La más espectacular de las batallas se libró a un paso de Nueva York en la aristocrática zona de Long Island. Farmingdale fué la zona elegida.

Esta fué la primera maniobra aérea en grandes escala jamás realizada en los Estados Unidos. Llamó la atención que se desestimara por completo el uso de las máscaras contra gases asfixiantes, que es lo primero que se ve en maniobras semejantes en otros continentes. La verdad es que los Estados Unidos no se ha preocupado en absoluto de proveer a sus habitantes de ese adminículo aterrador pero salvador. A las 10 y 32 de la noche entre el 16 y el 17 de mayo las sirenas dieron la alarma y la ciudad entera de Farmingdale y sus alrededores quedó en tinieblas. Era que se acercaba la flota negra compuesta de poderosos bombarderos Douglas; era la primera vez que en los Estados Unidos se «oscurecía» por completo una región para fines militares. Eran 20 millas cuadradas de Long Island. Los 30.000 habitantes de la pintoresca ciudad estaban todos en ascuas. Un señor saltó de un automóvil gritando: «Empezó la guerra».



Esta es la «máquina misteriosa» del Japón, volando sobre su aeródromo de Tokio en la segunda de sus pruebas secretas. Se dice que este avión gigante es capaz de cruzar el Pacífico, bombardear el territorio americano y regresar a su base en el Japón sin necesidad de descender ni de hacer combustible.

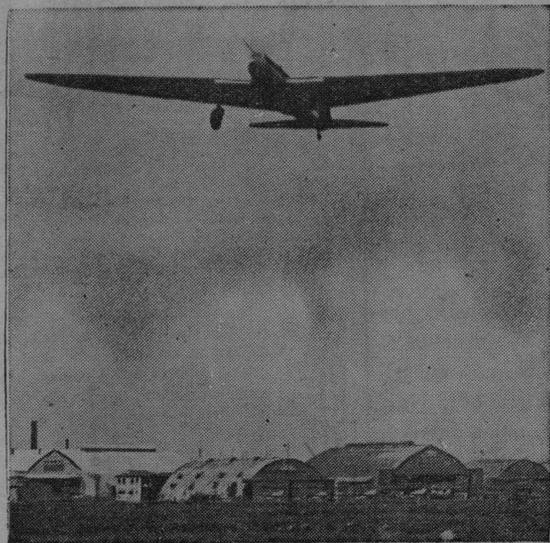
LLENO DE INQUIETUD CERRO E. UNIDOS SUS MANIOBRAS EN EL ATLANTICO

Mientras la escuadra americana se batía con una asiática en el Pacífico, la aviación, la artillería de costa y el ejército tuvieron que hacer frente a un ataque de dos escuadras europeas por el Atlántico. El enemigo logró destruir aeródromos y fábricas militares y hasta desembarcar tropas

sálvese el que pueda». Estaba ebrio. Por lo demás reinaba un silencio imponente. Cerca de 2.000 automóviles que se habían estacionado en las cercanías apagaron también sus luces.

De súbito se hizo la luz, una luz cegadora que iluminó la comarca lo suficiente para que los periodistas pudieran escribir sus notas sin dificultad. Eran los cohetes luminosos dejados caer en paracaídas por seis de los aviones atacantes que descendieron hasta 4.000 pies de altura. 800.000 bujías de los focos de las defensas de tierra se proyec-

taron en el espacio; a ratos revelaron claramente a los seis aviones «scouts» que echaban las luminarias. Las baterías antiaéreas y ametralladoras tableteaban endemoniadamente y, técnicamente, los seis aviones fueron derribados. Pero ni una luz ni una bala alcanzó a los otros tres Douglas que volaban a 15.000 pies con sus vientres pintados en camuflaje. Estos tres aviones técnicamente arrasaron con sus bombas la fábrica de aviones de Seversky y la Grunman Engineering Corporation, también manufactureras de aviones.



Los aviones gigantes (fortalezas aéreas) que aparecen en esta fotografía en reposo en el aeródromo de Mitchell Field, cerca de Nueva York, fueron los que participaron en la excursión centenares de millas mar adentro, que rechazó a una de las escuadras «negras» atacantes en las maniobras de Mayo.

Las lecciones técnicas de las maniobras se discuten aún. Los más pesimistas avanzan juicios apropiados para hacer que el Congreso despache rápidamente los enormes presupuestos de defensa nacional que Roosevelt le ha sometido. Se entiende que la batalla demostró que los Estados Unidos no dispone de aviones suficientes para evitar que una fuerza «negra» europea, aliada de una asiática que ocuparía a la escuadra en el Pacífico llegue hasta la costa Atlántica, destruya sus puertos, y aeropuertos y hasta desembarque tropas, que en esta ocasión fueron derrotadas por el Cuarto Cuerpo de Ejército, fuerte de 100.000 hombres, estacionados en la costa.

Los técnicos creen que excepción hecha de los aeropuertos militares de San Antonio de Texas y de Mount Clemens en Michigan, los demás, los de mayor importancia pueden ser fácilmente destruidos por una fuerza naval-aérea invasora. Estos son el de Langley Field en Virginia, el de Mitchell Field en Long Island, el de Tacoma en Washington y los de San Francisco y Los Angeles en California. El ejército tiene otros 160 aeropuertos de segunda categoría y hay más de dos mil de la aviación comercial, que pueden servir para fines de guerra. Contando todo aeroplano de toda calidad, Estados Unidos, según recientes publicaciones oficiales, está lejos a la cabeza de todas las naciones con más de 15.000 contra 11.000 de Francia, otros tantos de Rusia, 8.000 de Inglaterra y de Alemania y 7.000 de Italia y Japón. Pero la fuerza aérea militar se compone de 2.000 de la marina que tiene 800 en construcción y de 1.200 del ejército que tiene 1.100 en construcción o autorizados. Se considera inadecuada la producción actual que fué cerca de 800 aviones en los últimos tres meses; pero se tiene la certeza de que este país podría producirlos casi sin límite en caso de guerra, cuando 11.000 plantas industriales ya estudiadas por el Estado Mayor serán transformadas de la noche a la mañana en fábricas de armamentos, municiones y aviones. Se acaba de presentar al Congreso un proyecto de ley que crea 200 escuelas en que podrán entrenarse rápidamente los 100.000 pilotos por que claman el ejército y la marina que sólo dispondrían en caso de emergencia, ahora de 17.500 con brevet, pero en su mayoría sin preparación militar.

vara un saqueo de mano con los objetos de tocador y la ropa necesaria para pasar la noche. En la primera estación en que el tren se detuvo, a unos seis o siete kilómetros de Southlife, abrió la puerta del coche, y se bajó; cruzó el andén entre varios pasajeros que bajaron también, y tomó el camino de vuelta a Southlife. Cerca ya, se detuvo a descansar, alegrándose de haber satisfecho los deseos de Clara, porque así podría probar que estaba ausente en el momento de ocurrir la catástrofe.

Cuando empezaba a declinar la tarde, se encaminó a las solitarias rocas; llegó a la empalizada, y dió una vuelta al cartelillo que prevenía al público el peligro, de tal modo, que se veía solamente el blanco respaldo.

Aquello mismo, que un viento fuerte podía haber hecho, era causa suficiente para que la joven, ignorante del aviso, pudiera penetrar allí, y sería una explicación si se sabía después que había perecido en la catástrofe.

Subió con gran precaución al ruinoso muro que estaba junto al arco derruido, dispuesto a maniobrar en tiempo oportuno. Bastaría mover la clave, rota ya, cuando la joven se acercara, y asunto terminado.

Lo peor del caso era que no podía verla hasta que estuviera muy cerca de él; así que era preciso obrar repentinamente, en un segundo, si quería que resultara bien.

Varias veces subió a la torre, y miró al camino, hasta que la vió llegar; entonces se colocó en su puesto oculto tras un enrejado de apretadas hiedras, y esperó a que llegara a la puerta.

¡Allí estaba! Hassard movió la piedra central con mano temblorosa, y dando una violenta sacudida al trozo de arco que había quedado suelto, cayeron las

chapas generacionales, que se ofrecía a su vista, semejante a una estatua. Al ruido de los pasos, Natalia volvió la cabeza; vió el demudado semblante de Dermont y sus ojos aterrorizados, y se encontró entre sus brazos sin oponer la menor resistencia; antes al contrario, estrechándole y ocultando el rostro en sus hombros.

—Queridísima de mi alma! ¡mi bien amada! ¿Estás salva? ¿Estás herida? —exclamó Dermont apenas la tuvo en sus brazos.

—No; no estoy herida. Esa es la piedra que ha caído más cerca de mí: no me ha tocado; pero estoy muy asustada —dijo Natalia.

El joven la besó tierna y apasionadamente, sin que ella se mostrara ofendida ni se resistiera a sus caricias.

—¡Oh amada Natalia! ¡No puedes comprender mi terror al presenciar la catástrofe, creyendo que estabas dentro de las ruinas!

—No sé cómo he podido salvarme. Un minuto más, y hubiera perecido. Ha sido cosa providencial.

—¡Esto es atroz, Natalia de mi vida! Y yo no puedo continuar así, sin tener derecho a velar por tu vida, a librar-te de peligros. Es preciso que termine el tiempo de espera; no te empeñes en ello, porque no esperaré más. Es precl-

espectáculo que se ofrecía a su vista, semejante a una estatua. Al ruido de los pasos, Natalia volvió la cabeza; vió el demudado semblante de Dermont y sus ojos aterrorizados, y se encontró entre sus brazos sin oponer la menor resistencia; antes al contrario, estrechándole y ocultando el rostro en sus hombros.

—Queridísima de mi alma! ¡mi bien amada! ¿Estás salva? ¿Estás herida? —exclamó Dermont apenas la tuvo en sus brazos.

—No; no estoy herida. Esa es la piedra que ha caído más cerca de mí: no me ha tocado; pero estoy muy asustada —dijo Natalia.

El joven la besó tierna y apasionadamente, sin que ella se mostrara ofendida ni se resistiera a sus caricias.

—¡Oh amada Natalia! ¡No puedes comprender mi terror al presenciar la catástrofe, creyendo que estabas dentro de las ruinas!

—No sé cómo he podido salvarme. Un minuto más, y hubiera perecido. Ha sido cosa providencial.

—¡Esto es atroz, Natalia de mi vida! Y yo no puedo continuar así, sin tener derecho a velar por tu vida, a librar-te de peligros. Es preciso que termine el tiempo de espera; no te empeñes en ello, porque no esperaré más. Es precl-

Es preciso que seas mi esposa. ¡Dí que lo serás sin necesidad de esperar más! Te quiero más que a nada ni a nadie en el mundo; te quiero tanto, que no puedo vivir sin ti. Cástate conmigo, aunque no me quieras mucho todavía; siendo mi esposa, esperaré tranquilo.

—¡Es tan pronto! —murmuró otra vez, aunque sin desprenderse de sus brazos—. No es que no te ame, no; es que hace tan poco tiempo que nos conocemos... Pero no puedo negarme a tus deseos, Dermont.

—¡Pronto, y hemos estado a punto de morir dos veces en tres días! La experiencia equivale a años enteros de vida; la suerte y la Providencia parecen habernos destinado el uno para el otro. ¡Déjame cuidar de ti, y no volverás a hallarte en peligro, bien mío!

—¡Vámonos; vámonos de aquí, que estamos en peligro de que siga el hundimiento! —continuó Dermont, dándole la mano, y retirándola de la empalizada suavemente hasta salir al sendero bordeado de verde césped y de arbustos.



dovelas arrastrando tras sí el paredón donde se había colocado el aventurero, como si fuera un edificio de arena arrastrado por las olas.

Fué instantáneo, cuestión de un segundo; pero el estruendo fué tan grande, que los ecos repercutieron una y otra vez por las galerías restantes produciendo un clamor horriblo. Una nube de polvo ocultó por unos instantes el espantoso derrumbamiento.

Cuando aclaró, se vió una joven aterrorizada agarrada a la puertecilla de la empalizada, sin osar moverse ni aún siquiera para abandonar aquellos lugares. Aquella hermosa fachada, que había permanecido allí a través de mu-

Chan Alias Oland

Por SAM LUKAS

EN los talleres cinematográficos de la Twentieth Century-Fox se reciben semanalmente miles de cartas de todas partes del mundo, solicitando informes sobre ese extraordinario actor característico que tres veces al año toma parte en películas detectivescas bajo el nombre de Charlie Chan.

¿Quién escribe sus películas de misterio? ¿Tiene sangre china o no? ¿Quien escribe sus películas de misterio? ¿Cómo vive el notable detective del lienzo? ¿Es casado? ¿Come alimentos chinos? ¿Ha adquirido una perspectiva oriental de la vida a consecuencia de la personificación constante de personajes chinos en la pantalla? ¿Es pariente de la actriz oriental Anna May Wong?

El verdadero nombre de Chan es Johan Warner Oland y nació en Suecia el 3 de octubre de 1880. Sus padres lo trajeron a los Estados Unidos y se radicaron en la ciudad de Boston, donde Johan se inició en el teatro a los trece años de edad. Su primer papel fue como cantante, representando al Nazareno en una obra dramática titulada El Cristiano. Ganaba como actor la exorbitante suma de 18 dólares a la semana.

Oland es de descendencia sueca pura, excepción hecha de un antecesor de proce-

ncias a ellos en la colonia de Hollywood son Louise Dresser y su marido Jack Gardner, que es el representante de Oland, y el director Frank Lloyd con su esposa. Tanto Johan como su compañera están sumamente interesados en la literatura y las artes, y no necesitan cultivar un extenso círculo de amistades.

La casa que habitan, de tipo rural, fué decorada por la señora Oland y por el artista escandinavo Eric Stocklasse, quien trazó y construyó la sección de la chimenea guiándose por los planos de una que hay en un castillo medioeval de Suecia. Los cortinajes, en cuya selección tomó parte el propio Oland, son color de madera en armonía con el decorado de las paredes y las puertas.

Poseen ellos valiosísimos muebles coleccionados en sus numerosos viajes por el extranjero. Hay una mesa antigua de roble que adquirieron en Londres, candelabros de Italia, raras piezas de porcelana, algunos tesoros americanos, un escritorio inglés, y la silla favorita del actor que en un tiempo formó parte de la famosa colección de muebles de Clark, de Nueva York.

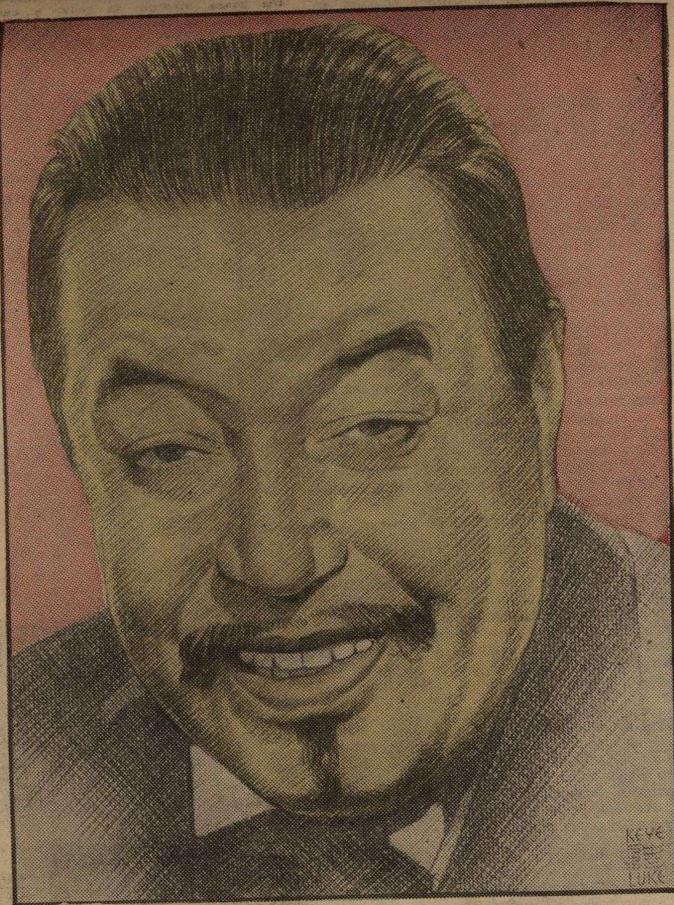
En el decorado de la sala de roble inglés, en el comedor y en los pórticos, se notan toques de rojo oriental para darle vida a las piezas. Hay una habitación que pensaba utilizar para biblioteca, pero Oland la usa para almacenar los valiosos

objetos artísticos de China que posee.

OLAND lee de preferencia obras de filosofía oriental, dramas, biografías y revistas. Jamás lee novelas ni cuentos. Las obras noruegas, danesas y suecas las lee en dichos idiomas, que los maneja a perfección. Su esposa sabe el alemán y el francés, de modo que siempre están al tanto de lo que se produce en Europa.

El primer papel que hizo en el cine fué con Theda Bara en la película Las Joyas de la Madona. Un hermano del productor, Herbert Brenon, le sugirió a Oland que fuera a entrevistarse con él. Brenon le dió un apretón de manos y le dijo: "Está bien. Vea a Bill Fox." Asombrado, Oland se dirigió a la oficina del presidente de la compañía. William Fox le echó un vistazo y le dijo que lo aceptaban y que podría empezar a trabajar con Theda Bara al día siguiente.

Debutó luego como actor chino caracterizando al villano en la película de episodios La Patria, en la que aparecía la entonces famosa actriz Irene Castle. Estaban filmando escenas en Ithaca, pero llegaron a la conclusión de que el chino que iba a hacer el papel de villano era demasiado pequeño de estatura para causarle miedo a la gente. Probaron a



Oland y decidieron que era lo que se necesitaba.

En el 1930, la compañía Fox adquirió los derechos para filmar la obra Detrás de la Cortina con Warner Baxter y Lois Moran en los papeles estelares. En esta película hay un personaje llamado Charlie Chan, que lo personificó E. L. Park, un intérprete que hace traducciones del chino al inglés en los tribunales de Los Angeles. Park hizo lo que pudo con el papel, pero la mayor parte de sus escenas fueron eliminadas. Sin embargo, la compañía Fox se dió cuenta de la importancia que tenía aquel personaje y en el 1931 decidió presentarlo en una serie de películas, para las cuales escogió como el tipo ideal a Oland.

La primera cinta que se produjo alrededor de este personaje fué un éxito de taquilla. Desde entonces, el famoso detective de la pantalla es casi una leyenda en todas partes del mundo. Ha filmado más de 14 películas, y ninguna ha dejado de interesarle al público.

KEYE LUKE, un joven chino que se crió en la ciudad de Seattle y estudió en la Universidad de Washington, fué seleccionado para hacer el papel del hijo de Charlie Chan en la película titulada Charlie Chan en París. Su éxito ha sido tan tremendo

Charlie Chan dibujado por Keye Luke, el joven chino que ahora trabaja en las películas de éste haciendo el papel de hijo del famoso detective

que ahora lo presentan en casi todas las películas de Oland.

La idea de caracterizar un detective chino se le ocurrió al escritor Earl Derr Biggers, creador de Charlie Chan. Desde que Biggers murió en el 1933, los autores cinematográficos han escrito numerosas obras detectivescas en las que el héroe es siempre dicho personaje.

A Warner Oland no hay nada que le interese tanto como viajar. Constantemente está proyectando alguna travesía al extranjero, pero raras veces puede realizarlas. "Siempre que termino una cinta—digo—hago planes para irme a Europa o a la América del Sur. Luego me siento en la playa a descansar y empiezo a leer libros y a pasear con mis perros, y cuando vengo a darme cuenta ya es tiempo de empezar otra película. Vivo para Charlie Chan."

Es verdad que Oland vive dedicado a las aventuras de Chan, pero en cierto sentido también puede afirmarse que el público lo acompaña en lo que él cree sus soledades artísticas.



Se necesita energía para ser carpintero

MAMA, su niño necesita Kellogg's Corn Flakes en el desayuno para fortalecer su cuerpecito durante las horas activas del día.

Tostadas y deliciosas, estas hojuelas de maíz color de oro proveen una alimentación productora de energías para toda la familia. 10 buenas porciones en cada bolso CERRADO a prueba de humedad. Listas para servirse — con leche y azúcar.

Los niños requieren un litro de leche diariamente. La leche contiene ciertas subs-

tancias alimenticias esenciales para la formación de huesos y dientes sanos y fuertes. Por tanto, ayude a su niño a tomar su litro de leche diariamente sirviéndole con frecuencia Corn Flakes con leche. Pida Kellogg's hoy en la tienda de comestibles.



EL PREFERIDO DE TODA MADRE MODERNA



Los
troche
Por SCHUS

¡CARAY, VOY A DECIR-
SELO A LOS MUCHA-
CHOS!

VENGAN AL SÓTANO DE CASA.
TENGO UNA MESA DE
JUGAR PING-PONG

ESTO SI QUE ES GUENO,
MUCHACHOS, EL PIN-PÁN DE
FRANQUITO. DICE QUE ES
NUEVESITO Y SE PUEDE
JUGAR TENNIS

¿PODEMOS JUGAR
TODOS FRANQUITO?
¡CLARO, PARA
ESO LA COMPRÉ PAPA,
PARA QUE NOS
DIVIRTIÉRAMOS!

¡UN MOMENTO! ¡OIGAN ESTO!

SOLAMENTE
DOS PERSONAS JUEGAN A
UN TIEMPO. PROBAREMOS
TÚ Y YO.

¡NO LE DÉS
TAN DURO!

¡DIANTRE!

¡NO TE APURES, QUE
TE LA COBRARÉ!

¡PROSIGAMOS
EL JUEGO!

Don Lupe

Por Schus

FERRETERÍA
HERRAMIENTAS

PERSONAJE EN BUSCA DE AUTOR

Por PAT O'BRIEN

YO CREO que vivir en una pequeña habitación de una casa de huéspedes donde los olores no sean agradables, es tal vez la mejor escuela para un hombre que aspira a convertirse en actor.

Una habitación como la que acabo de describir le quitará las ganas de hacerse actor si no está completamente convencido de que esta es la vocación de su vida, y si lo está, por lo menos le enseña a apreciar el valor de la paciencia y del dinero. Al mismo tiempo, le permite escribirle cartas amenas a su novia con la esperanza de que le espere hasta que las cosas cambien y puedan casarse.

A mí no me gustaría volver a vivir en una buhardilla de esta clase, pero no me arrepiento de haber pasado muchos meses en una de ellas. Mientras vivía así conocí a algunos excelentes amigos, como Spencer Tracy y Bob Armstrong, y las cartas que en tales circunstancias le escribí a mi novia eran tan agradables a mi entender que al fin dieron su fruto y la indujeron a que esperara a ser la esposa de Pat O'Brien.

Otra de las ventajas que se derivan de esta experiencia es que se aprende a cocinar, no del todo bien, pero lo suficiente para envenenarse. Todo el que aspira a ser actor y no ve muy claro su futuro, debe aprender a cocinar, porque así podrá salir del paso haciendo sus propios alimentos el día que no pueda sacar los pies del plato.

Me han dicho que la familia O'Brien siempre ha logrado, a través de las generaciones, resolver sus problemas importantes por medio de la palabra. Yo de mí puedo decir que entré en el cine a fuerza de hablar, y en poco más me echan del cine por tanto hablar, a no haber sido por la intervención de Mervyn LeRoy, que tuvo la gentileza de omitir la mitad de lo que dije en el papel que hice en la película titulada Aceite Para las Lámparas de China.

DE NO HABER LeRoy usado las tijeras a su antojo en esta obra, hoy habría un O'Brien menos en el mundo cinematográfico, puesto que ahí empecé a interpretar papeles variados en mi carrera, y ya sabemos que sin la variación no hay artista que dure mucho en el lienzo, donde el que se estanca lo echan más rápidamente que en el teatro.

Yo no soy, desde luego, un hombre que habla con la celeridad del relámpago. Eso lo he aprendido en el cine, desde que hice por equivocación el papel de Hildy Johnson, en la película Primera Plana. Lewis Milestone, que había de dirigir la cinta, creyó que yo había hecho ese papel en la obra originalmente estrenada en las tablas, y me telefonó a Nueva York desde Hollywood pidiéndome que viniera en seguida a hacer la caracterización que me habían dado en el reparto original (?).

El papel que yo hice en dicha obra fué el de Walter Burns, director del periódico, pero cuando llegué a Hollywood me encontré con que me habían asignado el del repórter. Fué tal la sorpresa que me causó el error, que no pude decir una palabra. Aprendí a hablar a manera del martillo neumático, y cuando terminé la película me di cuenta de que me habían convertido en el prototipo del repórter chispeante y hablador que generalmente se le ofrece al público en las películas. No sé cuantas veces hice papeles de esta clase, pero lo que sí me consta es que ya el público estaba cansado de verme y oírme en esas caracterizaciones.

DATOS SOBRE PAT O'BRIEN

Nació en la ciudad de Milwaukee, Estados Unidos, el 11 de noviembre de 1899. Su nombre de pila es William Patrick. Estudió en la alta escuela de Milwaukee y luego se recibió en la Universidad de Marquette. Ojos azules, 6 pies de estatura, pesa 160 libras. Jugaba pelota y fútbol en el colegio y aun le gustan todos los deportes. A la edad de 17 años ingresó en la armada de los Estados Unidos. Ha pasado muchas vicisitudes en su lucha por hacerse actor, cuando era compañero de Spencer Tracy en Broadway. Empezó en el cine haciendo el papel de Hildy Johnson en la película "Primera Plana." Casó con Eloise Taylor, actriz, y tiene dos hijos adoptivos, Mavourneen, de 3 años, y Patrick Sean, de 8 meses. Poseen, además, cuatro perros, un loro y una gata con varios gatitos.



Pat con sus encantadores chiquillos, Mavourneen y Patrick.

NO TODOS los actores logran librarse de la "clasificación" rutinaria que adquieren cuando hacen durante años los mismos papeles. A mí me tocó la fortuna de trabajar en una película de otro tema y así me salvé de la catástrofe.

El dicho conocido de que los irlandeses somos gente de suerte no hay que interpretarlo muy literalmente, aunque en algunos casos se cumple al pie de la letra. El momento de mayor suerte de mi vida fué cuando me permitieron trabajar en un papel que no era de repórter, pero no debo olvidar que también he tenido suerte en otros sentidos.

En primer lugar, si bien es cierto que mis pobres padres no estaban muy interesados en que yo siguiera la carrera de actor, tampoco puede negarse que no se opusieron tenazmente a que me dejara guiar por mis propias inclinaciones. Tuve, además, la inmensa fortuna de hacerme de buenas amistades en Nueva York, en el terreno de la hombra y en la profesión del teatro, tales como Tracy, Armstrong, Allen Jenkins, Jimmie Gleason y Frank McHugh.

Hasta el tiempo que pasé caminando por las calles en busca de trabajo, acompañado de alguno de estos amigos, puedo decir que me fué de gran provecho. Y de todos los golpes de buena suerte que me tocaron puedo citar como el mejor el haber conocido a Eloise Taylor en la ciudad de Des Moines. Frank McHugh dice que fué él quien me la presentó, pero no estoy muy seguro del detalle. Lo que sí sé es que fué él quien la seleccionó para trabajar en el coro de una opereta que iban a montar. Puesto que él era el director y empresario de la compañía, alega que a él se debió que yo conociera a la que había de ser, tres años más tarde, mi esposa.

EN TODAS las cosas que me pasaron me parece haber advertido un elemento de suerte, y eso es natural en la vida de cada hombre, especialmente en la de los que nos dedicamos a la profesión del teatro. Es verdad que yo creo que me he ganado parte de mi triunfo por medio del esfuerzo, pero la fortuna ha tenido mucho que ver con el éxito y no quiero ni siquiera hacerle mal de ojo ufandome de las buenas relaciones que he venido cultivando con ellas desde hace años. Siempre recuerdo que la pequeña habitación donde me refugié en mis tiempos adversos era bastante fría e incómoda, y que allí sufrí mientras aprendía las rudas lecciones de la lucha.

Lo que más me interesa ahora en el cine es la variedad de papeles que puedo desempeñar. Todo actor que toma su carrera en serio le tiene terror, como he dicho antes, a que lo cataloguen como un tipo de rutina que solamente puede realizar ciertas caracterizaciones. Apenas me di cuenta de que me estaba sucediendo esto, decidí marcharme de nuevo a Nueva York, aunque a vivir en la pequeña pieza de mi antigua casa de huéspedes. Me rescataron dejándome trabajar en papeles nuevos, y por esta razón estudio cuidadosamente las interpretaciones que me encomiendan, con el propósito de sacarles el mayor partido posible.

Si logro salir airoso, como algunos de mis compañeros de lucha han salido, en este laudable esfuerzo, espero escribir algún día una novela sobre nuestras peripecias como personajes en busca de autor.



Pat O'Brien en uno de los nuevos papeles que le han asignado en los estudios Warner. Es actualmente uno de los actores más populares del cine americano.

Un Cisne

Por Graciela Rivas

Joan Bennett es la más joven de la turbulenta familia de las Bennetts, la que respira belleza por los cuatro costados y embalsama el aire con la frescura adorable de su cuerpo, la que mira y encanta con sus hermosos ojos azules, la que más se asemeja al nimbo de la gloria por su blonda cabellera oscura.

Entre todas las hermanas que constituyen este grupo de personalidades destacadas, Joan es la más calladita y la que menos ha figurado en las planas de los periódicos, a pesar de haber sido la primera de las tres en dar señales de poseer talento para el teatro. Siendo chiquitina, bajo la influencia de sus padres, los actores Richard Bennett y Adrien Morrison, componía obritas dramáticas para ser representadas en casa, con ella en el papel de heroína y Constance y Bárbara en el reparto. Joan era el cerebro y la "jefa" de la familia.

No obstante estos antecedentes, fué la última en adoptar la carrera artística. Mandada a un colegio de interna a la edad de 8 años, su hermana Constance se quedó con la reputación teatral de la casa. Joan comprendió que estaba rodeada de un mundo de realidades duras entre sus condiscípulas y por algún tiempo abandonó sus inclinaciones dramáticas. Para esa época, se había convertido en el patito feo de la prole. Cuando volvió a interesarse en su vocación, lo que la movía era la necesidad, pues se había divorciado y tenía una hija que criar.

Estos acontecimientos empezaron a sucederle a los 15 años. Sus padres la habían mandado a Europa para que se educara en una escuela de Versalles. En el barco conoció a John Fox, hijo de un acaudalado hombre de negocios de Seattle. A los 16 años se casó con él en Londres, y al año siguiente tuvo una hijita, que se llama Diana y que nació en la ciudad de Los Angeles.

Desde entonces, se divorció y volvió a casarse con Gene Markey, autor de películas que la enamoró mientras ella se encontraba en un hospital sufriendo la rotura de una pierna. Con Gene Markey tuvo otra hijita, Melinda. De Markey también se divorció, y en Hollywood se rumora ahora que tiene un idilio con Walter Wanger, el productor de películas con cuya compañía Joan está contratada.

MISS BENNETT

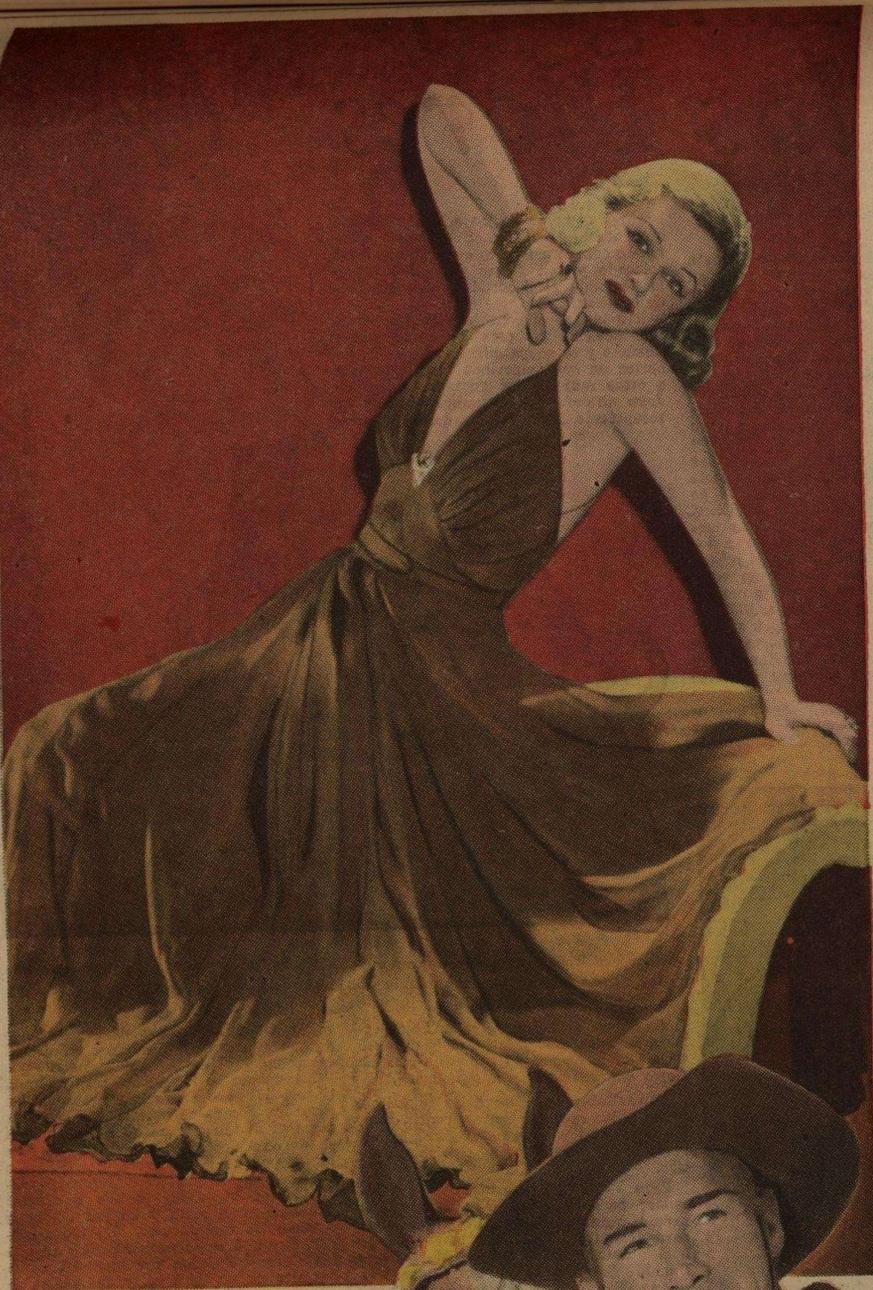
se inició en el cine sin la ayuda de la familia y con muy poco éxito. La primera vez que trabajó en el lienzo fué en la película Divina Dama, en la que el papel principal lo hacía Corinne Griffith. Entonces estaba casada con John Fox. El primer papel importante que hizo fué con Ronald Colman, en las aventuras de Bulldog Drummond.

Después de su primer divorcio, aceptó un papel que le ofreció su papá en una obra teatral titulada Jarnegan. El debut resultó un éxito colosal y gracias a ello volvió al cine con el prestigio que necesitaba para la consagración.

Es una muchacha primorosa y todavía a los 28 años pasa por una tierna colegiala. Nos ha contado que en su reciente tourné encontró admiradores a montones y que en los bailes a que asistía no terminaba nunca las piezas con una sola pareja porque los jóvenes la cortaban siempre.

Le agradan los perros, igual que a su hermana Constance, y tiene pensado dedicarse a la crianza de ellos como negocio. Ha hecho construir un cuchitril semejante a su casa para uno de sus animales favoritos, pero no lo terminaron a tiempo para que nacieran en ella media docena de perritos. Esto la ha disgustado tanto como la historietita publicada en los periódicos en que se afirmaba que en cierto hotel donde se hospedaba se negó a viajar en el mismo ascensor que ocupaban otros parroquianos. Joan desea hacer constar que los que la conocen bien saben que eso es una mentira, pues en realidad no es una muchacha vanidosa.

De esto me hago solidaria yo. Hace muchos años tengo amistad con las tres hermanas Bennett y no pertenecen al tipo de las mujeres cargadas de pretensiones que tanto abunda en Hollywood. Por el contrario, se distinguen precisamente debido a la modestia, aunque gozan de bastante fama para darse tono si lo quieren.



ROD RIAN

DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA

PAUL H. JEPSON



LOS UNICORS APUNTAN LOS POTENTES CAÑONES "X"



LOS ARTILLEROS SE PREPARAN



COMIENZA LA BATALLA ENTRE LOS AVIONES MURCIÉLAGOS Y LOS AVIONES-COMETES.



ROD RIAN HACE BLANCO CON SU CAÑÓN "X" EN UNO DE LOS AVIONES, Y LO DESTROZA.



UNO A UNO LOS MURCIÉLAGOS SON DESTRUIDOS.



TODOS, EXCEPTO UNO, QUE HUYE A INFORMARLE A MEFISTOS

CONTINUARÁ PAUL H. JEPSON

Si algún dolor le domina tome Cafiaspirina

En todas partes y a todas horas estamos expuestos al ataque de un dolor de cabeza, una neuralgia o una jaqueca. Por eso, conviene llevar siempre consigo Cafiaspirina.

Pida las tabletas de Cafiaspirina protegidas en papel CELLOPHANE.

CAFIASPIRINA
alivia y reanima

BAYER

EL LOCOCARRIL POR FONTAINE FOX

MARIANITA,
LA RETOZONA.



«¿ME GUSTARÍA LLEGAR A TIEMPO PARA VER A MIGUELUCHO VOLARLE EL SOMBRERO AL VIEJO!»



«¡MAGNÍFICO, MIGUELUCHO, MAGNÍFICO!»



«¿POR QUÉ TE MARCHAS? ¡QUÉDATE AQUÍ Y APRENDE A USAR LOS SESOS!»



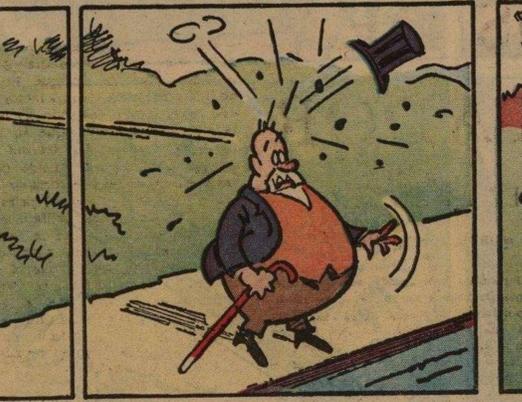
«¡DATE CUENTA DE LAS OPORTUNIDADES! ¡MIRA, ALLÁ VA OTRO VIEJO CON SOMBRERO!»



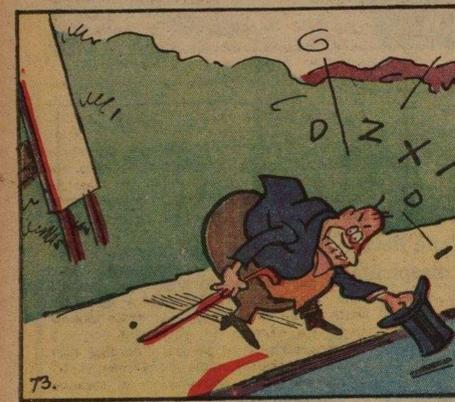
«¡DESPUÉS QUE LE VUELES EL SOMBRERO, QUÉDATE AQUÍ!»



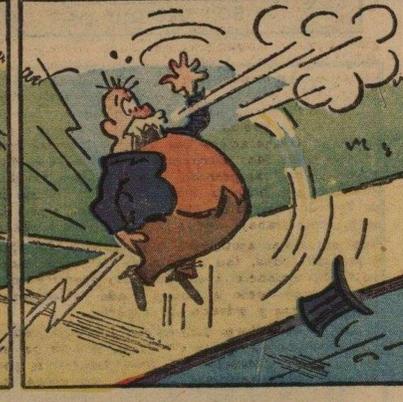
«¡JA, JA!»



«¡VEN ACA, QUE TE VOY A ENSEÑAR ALGO!»



«¡UNA CHISTERA SIEMPRE SIRVE PARA DOS DISPAROS!»



El Lenguaje de las Flores

Hollywood.

JOE M. REDMAN es un florista extraordinario, capaz de crear en un instante un jardín de Nueva Orleans en el año 1850, o con genio suficiente para hacer los ornamentos de una gran ceremonia nupcial o el decorado del camerino de Myrna Loy. Es la fuente de información que tenemos los periodistas en Hollywood para dar a conocer algunas de las interioridades de los estudios, pues tiene a su cargo la labor de seleccionar y disponer el arreglo de las flores en las películas de la compañía Metro, y por tanto se le reconoce como la primera autoridad en la materia en esta ciudad de ficciones. Todas las mañanas, las personas madrugadoras pueden ver, al llegar a los terrenos de la compañía, al gentil mister Redman portando un florero en cada mano mientras hace un recorrido por los diversos camerinos o escenarios. Redman opina que las flores contribuyen mucho a hacer la vida agradable y no escatima esfuerzos para que las artistas de la Metro estén siempre rodeadas de estas primorosas ofrendas. "Si las mujeres del mundo—dice—supieran un poco más acerca de las flores y del arte de disponerlas, habría más

hogares dichosos de los que hay. Nada aumenta tanto el atractivo de una habitación como un florero convenientemente colocado y con flores escogidas según la demanda, el decorado y los muebles de la pieza." Redman es el consejero de las estrellas de cine en esta rama del saber humano y se ocupa diligentemente de tenerles en sus camerinos las flores que a estas mujeres les gustan. En el de Joan Crawford acostumbra colocar un receptáculo llano con gardenias blancas



Florence Rice, arriba, prefiere un ramillete sencillo de flores amarillas para adornar su mesa. A la izquierda, Maureen O'Sullivan luce una sola gardenia blanca en la parte de arriba de su vestido, que es lo propio y lo de buen gusto.



flotando en el agua. Myrna Loy prefiere las sorpresas y le ha dado permiso para que le adorne su camerino con las flores que estime más apropiadas.

Luise Rainer necesita lirios acuáticos, presentados en diferentes continentes, Redman casi siempre los arregla en receptáculos orientales de tipo muy exótico. Para Virginia Bruce usa camelias rosadas; para Maureen O'Sullivan, lilas; para Margaret Sullivan, lirios del valle; para Jeanette MacDonald, rosas amarillas. "Esta preferencia de Miss MacDonald por las rosas amarillas—nos cuenta Redman—está inspirada en el hecho de que cuando debutó en el teatro alguien la obsequió lanzándole al escenario un hermoso bouquet de dichas flores".

PERO esto que Redman hace para que las artistas se encuentren a gusto en sus camerinos no es obligación especial de él, sino pura gentileza.

Su verdadero trabajo es dirigir la preparación de los adornos florales en aquellas escenas cinemáticas en que se precisa la mano delicada de un conocedor en la materia. Lo mismo decora la mesa de un banquete que un salón de lujo en una suntuosa residencia.

"En estos casos—dice—nunca tomo en cuenta las dimensiones de la habitación, sino que hago a lo sumo tres arreglos florales. Me parece que con eso basta para darle realce a cualquier habitación. A pesar de que las escenas solamente se fotografían en blanco, negro y gris, trato de hacer el ambiente todo lo auténtico que se puede, colocando en el lugar apropiado las flores que armonicen con el resto del decorado de la pieza.

"He notado—continúa diciéndonos—que es rara la mujer que le presta atención a este detalle fundamental. Las flores no deben estar en conflicto con el decorado de las habitaciones, y deben ser colocadas de acuerdo con un plan bien estudiado, es decir para que llamen la atención hacia algún rincón interesante de la pieza o llenen un espacio que de otra manera se vería vacío y le restaría belleza al conjunto. Las flores colo-

cadadas en un sitio sin motivo estético alguno generalmente echan a perder el efecto general de las habitaciones."

En cuanto a los banquetes, Redman tiene ideas concretas que son muy útiles para las damas acostumbradas a hacer el papel de anfitrionas. Dice que nunca se deben colocar floreros altos en una mesa, porque ocultan las caras de los comensales. Recomienda floreros o receptáculos bajos, si posible gardenias flotando en el agua y un par de velas junto a los receptáculos. De todos modos, hay una regla matemática y es que las flores no deben ser más del doble del alto de los floreros, y que nunca se deben colocar demasiadas flores en una maceta. Oigamos sus observaciones.

"Mientras menos flores se pongan, mejor, y a veces es posible obtener los efectos del ornamento, con una tercera parte de las que generalmente se usan. Las flores duran más cuando se colocan

en pequeños mazos en los floreros, y el efecto artístico es superior."

"De las flores como adornos de la indumentaria y el cuerpo humano se podría escribir muchísimo. La mayoría de las mujeres han dado en usar flores grandes, lo cual es exagerado. He visto muchas que se atreven a ponerse hasta tres o cuatro orquídeas, cuando una sola de estas exquisitas flores basta, o se puede usar de adorno un par de gardenias o camelias o rosas.

"La mujer de estatura alta, desde luego, no tiene un problema tan serio como la mujer diminuta, puesto que le está permitido usar cuantas flores quiera. A mí me parece que cada mujer debe escoger una flor predilecta, como hace con el perfume. Rosalind Russell, por ejemplo, tiene su símbolo en la orquídea carníola, y jamás usa otra flor que esta para adorno."

¡Señora!

¿Conoce este excelente tónico
EXCLUSIVO PARA LA MUJER?

Muchos son los padecimientos a que está expuesta la mujer por su propia naturaleza—y esos trastornos peculiares—esos estados de nerviosidad, debilidad y decaimiento prematuro que sólo se deben a razones "femeninas" deben ser atendidos con un tónico que se adapte especialmente a la mujer. Una mujer—Lydia E. Pinkham—formuló un compuesto vegetal que es sólo para mujeres para ayudar a sus organismos a hacer frente a los períodos críticos—para fortalecerla, calmar sus nervios y permitirle pasar sonriendo esos días tan temidos de toda mujer. No se trata de una preparación para matar los dolores sino de un tónico que al for-

a 98 de cada cien les hace BIEN



talecer, evita muchos trastornos—y mantiene esa saludable disposición que hace agradable la vida. Hasta hoy, millares de mujeres en todo el mundo se han beneficiado con el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham. Pruébalo y verá que bien le hace. Deje de sufrir, de engañarse con narcóticos para matar el dolor. Siéntase bien tomando el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham.

Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham

...ver su propio y verdadero nombre escrito en aquella carta, se acordó de algo en que no había pensado antes. Hasdcastle ignoraba su verdadero nombre, y la llamaba, como todos los del hotel, señorita Kinght. Sintió no haberle dicho la verdad. Nunca le había hablado de su familia ni de su casa; nunca habían hecho mención de su encuentro en el cementerio de Avening. Seguramente cuando le explicara el caso, Dermot se resentiría porque no le había dicho la verdad. Aquello le produjo una emoción desagradable.

¡Todo había sido tan sencillo en realidad! Había respondido al anuncio del hotel Ajaf con el nombre que llevaba a fin de no dar lugar a confusiones y que pudiera extraviarse la contestación; porque muy pocos empleados del «Bon Marché» sabían su verdadero nombre: el mismo Kimber, al dar las referencias, podía designarla por el nombre supuesto, y hubiera sido algo inconveniente revelar que la conocían por dos nombres distintos.

Pero se lo diría al señor Hasdcastle apenas le viera.

Nadie le habló del anuncio, porque nadie pudo pensar que se refería a ella. Por su parte, leía muy pocas veces el periódico, y no extrañó no oír ningún comentario sobre asunto de tan escasa importancia.

Si no hubiera sido porque el señor Field había sabido que estaba en Southcliffe y le había escrito, ni siquiera se hubiera enterado.

El capricho de Kimber al sustituir su nombre por otro, era lo que había producido todas las complicaciones. Si Clara no hubiera estado en el bazar Natalia habría sido siempre la señorita Denys, y todo hubiera variado quizás. Es más; aunque ella lo ignoraba, Hassard no se hubiera casado con Clara y las pesquisas de Hasdcastle habrían terminado pronto en un sentido satisfactorio para todos.

CAPITULO XXXIII

Natalia acude a la cita

—Está usted un poco pálida esta mañana —dijo la señorita Chase a Natalia entrando en su oficina a eso de las doce, en tanto que la joven escribía.

—Deje esas cartas para después de comer, y váyase a dar un paseo.

—Muchas gracias; prefiero hacerlo ahora, y salir a la tarde. Me agrada más pasear entonces; pero descansaré un poco. ¡Me fatigó tanto el otro día!

—Haga usted lo que guste —repuso la encargada encogiéndose de hombros. Era una mujer que jamás alababa a los empleados; pero reconocía que era muy satisfactorio tener en la secretaria una persona que no rehúsa el trabajo.

Llegó la tarde. Natalia estaba excitadísima, aunque procuraba dominarse. Concluyó sus obligaciones a la hora del té; a eso de las cinco la tomó en compañía de la señorita Chase, como de costumbre, y corrió a buscar su sombrero.

¡Qué encantadora estaba! Con un ligero traje de verano y un sombrero sencillo, con algunos lazos únicamente, parecía la belleza personificada. Poniéndose los guantes entró en la oficina para recoger las cartas que había escrito y dejarlas en el correo al pasar. La encargada la miró, y le dijo sonriendo:

—¡Cuidadito con hacer locuras como anteaer! No sé si será conveniente que vaya usted sola, porque quizá quiera ir otra vez a la «Isla de la Oveja».

Natalia tembló sólo de pensar, y repuso:

—¡No, no! No quiero acercarme al



mar siquiera. Voy a dar un paseo por el campo.

—Espero que no se cansará usted mucho. ¿Qué camino piensa tomar? —prosiguió la encargada, mostrando un interés que no era corriente en ella.

Natalia, contrariada, indicó el nombre de una carretera, sin afirmar escueta, mente que iría por allí.

La tarde era templada; el aire del mar había refrescado la temperatura. Los jardines estaban muy animados, y la banda del muelle empezaba el concierto cuando la joven pasó por allí. Se detuvo un poco antes de tomar el estrecho y tortuoso sendero que conducía a la carretera donde estaban situadas las ruinas.

No había visto a Dermot, que la esperaba en los jardines como de costumbre; pero no pasó por el sitio donde solía estar. El la vio desde lejos, dejó su asiento, y echó a andar, a fin de encontrarla junto a la verja; pero notó con sorpresa que no tomaba aquel camino, sino que daba la vuelta y se internaba por una calle. Supuso que habría ido al pueblo a comprar algo y que volvería pronto, pero tardaba tanto, que llegó a impacientarse, y se propuso seguir por donde ella había ido, hasta que la encontrara.

Atravesó algunas calles mirando en todas las tiendas, sin ver rastro de la

...to. Conocía las ruinas y sabía que peligroso entrar dentro; pero las ruinas constituían un lugar delicioso para detenerse en una tarde de verano. La alcanzaría, se sentarían juntos en algún sitio ruinoso del muro bajo, donde había estado la puerta del convento, y volverían cuando los tenues resplandores del crepúsculo iluminaran el espacio.

Natalia, inconsciente de que la seguían, andaba de prisa. Hacia un momento que había mirado su reloj; eran las cinco y media; aún necesitaba diez minutos para llegar al sitio indicado.

Apresuró el paso, y desapareciendo a la vista de Dermot, llegó a un sitio desde donde dominaba las ruinas.

Allí no había nadie, ni se sentía más ruido que el producido por las aves que se detenían en las grietas de las paredes.

Se detuvo, miró y escuchó. Según parecía, ella era la primera que acudía a la cita. ¿Dónde estará el misterioso señor Field?

La puertecilla de la valla que cercaba las ruinas estaba abierta; entró, y se detuvo un momento, sin decidirse a entrar en la Abadía. Quizá sería mejor esperar fuera.

Aquella pausa momentánea la salvó. Instantáneamente se sintió un estruendo, algo como si se desprendieran las piedras del arco. Algo se desplomaba: una nube de polvo, cal y piedras le cegó, y, sin comprender al pronto lo que pasaba, retrocedió buscando un refugio.

Pronto se explicó lo ocurrido: el arco había caído sobre el dintel de la puerta, y la había derrumbado, arrastrando en su caída trozos de pared.

Hasdcastle también había oído el estruendoso ruido, y se detuvo paralizado por el terror. Un segundo después echó a correr con ese ardor que presta al miedo. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué significaba aquel estrépito que había hecho temblar el suelo donde él se hallaba?

CAPITULO XXXIV

Cogido en la trampa

Hassard estuvo distraído y nervioso toda la mañana. A eso de las once dijo a Clara que tenía que ir a Londres, y que no volvería hasta el día siguiente por la noche. Era preciso que pudiera probarse, si era necesario, que él no estaba en Southcliffe cuando Natalia pasaba.

Clara se disgustó de la poca consideración que le guardaba dejándole sola tanto tiempo. Hassard le habló con una dureza que nunca había usado hasta entonces, y ella, sorprendida y mortificada, empezó a llorar. Después secó sus lágrimas, y algo animada le dijo humildemente:

—Iré a despedirte a la estación. No sé por qué te enfadas tanto; pero comprendo que será sin querer. Te quiero demasiado para reñir contigo.

Aquella proposición disgustó a Hassard; pero no encontró medio de rehusarla.

—Perfectamente —repuso, procurando mostrarse contento—; vendrás conmigo si quieres.

Fueron juntos hasta la estación; Clara no quería marcharse hasta que viera partir el tren, lo cual le obligó a tomar un billete para Londres, en el que gastó algo de las cinco libras que eran el único dinero que poseía, pensando que tendrían que recuperarlo después. Se despidió afectuosamente, y se hundió en los cojines del coche dando un suspiro de satisfacción apenas se puso el tren en marcha.

Clara le había instado para que le



Doctor Max Henríquez Ureña, Ministro Dominicano en Londres.

TROFEOS DE CONQUISTADOR

Por MAX HENRIQUEZ UREÑA

UNO DE LOS «CREADORES DE LA NUEVA AMERICA»

N O siempre he de enviar a nuestro periódico grandes colaboraciones europeas, o comentarios sobre la malhadada guerra civil española, o entrevistas con personalidades políticas, o notas sobre la Hora Internacional, o sobre la tercera o cuarta devaluación del franco. O sobre la llegada a París de Marie-Louise Dietrich...

La colaboración hispanoamericana enviada desde Lutecia es el remanso para el espíritu inquieto siempre ante el espectáculo de esta Europa trágica... ¡Tiempos felices en que el cronista remitía desde París las crónicas de Gabriela Mistral, Vasconcelos, Ugarte, García Calderón, Arguedas...! Los creadores de la Nueva América, —como los llamó un ensayista ecuatoriano.

¡Hosanna! El correo de hoy lleva a nuestro periódico la prosa insigne de un gran maestro hispanoamericano, de la escuela de José Enrique Rodó y de Martí: MAX ENRIQUEZ UREÑA, uno de los hombres más completos en todas las disciplinas del conocimiento y de la inteligencia. Su personalidad es varia, múltiple, y quien ha seguido su obra desde hace veinte años, siente literalmente vértigo.

Desde luego, el caso de los Henríquez y Carvajal y Henríquez Ureña, es «único» en América. Evocarlos sería ir demasiado lejos en esta simple introducción... La «gran colaboración» que honrará hoy las columnas de nuestro periódico, es un homenaje de Max Henríquez Ureña a José María de Heredia, el de los Trofeos. Precisamente, las prensas de la Editorial Ercilla, de Santiago de Chile, acaban de publicar (por primera vez en castellano) una traducción completa de los sonetos de Heredia. Su autor, Max Henríquez Ureña, ha realizado (y sólo él podía realizarlo) este trabajo de poeta, de erudición, de lingüista, de crítico, de creador... Sus minuciosas anotaciones finales, dignas de Menéndez y Pelayo, representan una tuya un verdadero acontecimiento literario en nuestro idioma, y, por lo mismo, debe figurar —como la más preciada y más pura obra de arte— en todas las bibliotecas públicas y privadas de América.

Nuestros lectores juzgarán a través de esta prosa de gran estilo, digna de los versos marmóreos de los «Trofeos». Heredia ha encontrado en Max Henríquez Ureña su más alto intérprete; de buen talento, el poeta de los sonetos divinos hubiese firmado la transcripción española del insigne polígrafo dominicano!

CARLOS DEAMBROSIS MARTINS.

París, Mayo, 1934.

...cia republicana, sufrió privaciones. En su poesía fue emuladora de don Manuel de Heredia y de doña María Francisca Mises. Mises de honor Mises de amor era la divisa nobiliaria que de esa suerte se había enlazado con la heráldica palmera de oro a cuya sombra florece una villa de plata en el escudo de los Heredia. José Francisco, el mayor de los tres hermanos, fué el padre de José María de Heredia, el máximo poeta cubano, cantor del Niágara. El segundo, Domingo, vinculado en segundas nupcias a una dama francesa, Luisa Girard, tuvo, como único hijo varón de ese matrimonio, a José María de Heredia, autor de «Los Trofeos». Los dos poetas homónimos—de lengua española el uno y de lengua francesa el otro—eran primos hermanos. No se conocieron, sin embargo, pues el poeta del Niágara, nacido en Santiago de Cuba el 31 de diciembre de 1803, murió en 1839; y el poeta de «Los Trofeos» nació en el cafetal La Fortuna, próximo a Santiago de Cuba, en 1842.

Muy diferente fué el destino de uno y otro poeta. El cantor del Niágara consagró su vida a la defensa de la libertad y al culto de la dignidad humana; despreció los títulos nobiliarios que le correspondían por primogenitura como descendiente del fundador de Cartagena de Indias; expuso su vida por redimir la patria esplendorosa que le vio nacer y, por

Cuando se acaba el día, solo, junto a la fuente descanso, mientras sueño con su dulce frescura... Huyen mis pensamientos, tal como el agua pura de su colmada urna gotea lentamente.

Bajo el esplendor tibio de la luna silente animarse parece la blanca vestidura que el escultor le impuso; cual amable impostura, unge rasgos amigos tu forma evanescente.

¡Novia del Sol, oh india de mis nativos lares! Colón rompió tu sueño de virgen. Al arrullo dormías de las olas ardientes y amorosas...

¡Oh mi país, oh Cuba! ¡Cuán dulce en los palmares oír de sus arroyos la voz, con el murmullo de paz y amor que exhalan tus noches luminosas! (I)

(I) Traducción de Max Henríquez Ureña, al igual que la de Brisa Marina, citada más adelante.

Heredia escribió estos versos en marzo de 1860. En aquellos días de juventud, la voz amiga de Enrique Pineyro vibró en su oído como anunciación profética: «Yo solía decirte con toda seriedad—cuente el propio Pineyro—que su nombre era como un decreto del destino que le ordenaba dedicarse al cultivo de la poesía francesa, y en ella esforzarse por brillar tanto o más de lo que su primo hermano y el homónimo había brillado en la poesía hispanoamericana, pues le llevaba la inmensa ventaja de una instrucción literaria ya tan notable; y que si él llegara a escribir buenos versos en francés, susceptibles por razón de la lengua sola de ser leídos en el mundo entero, era empresa grande y difícil, no había de ser imposible para quien reunía ya tantos elementos esenciales».

Con estas palabras Pineyro no nace más que estimular el íntimo y secreto afán de gloria que abrigaba el joven Heredia para quien era imperativa consigna mantener en la historia el lustre de su apellido. De regreso a Francia, Heredia ingresó en la Universidad de París, y se inició en las disciplinas del derecho, que luego abandonó. Curso, además el programa completo de ese admirable instituto de arqueología y paleografía que se llama Ecole de Chartres, y cuyo objeto fundamental es formar archiveros y bibliotecarios. Los estudios que Heredia realizó en esta escuela contribuyeron a fijar su orientación literaria; toda labor de Heredia acusa la paciencia del paleógrafo y la devoción del arqueólogo; y además, al hábito adquirido en el manejo del material histórico debe atribuirse su preferencia por aquellos motivos de inspiración que la poesía puede desentrañar de la historia del mundo.

Con estas palabras Pineyro no nace más que estimular el íntimo y secreto afán de gloria que abrigaba el joven Heredia para quien era imperativa consigna mantener en la historia el lustre de su apellido. De regreso a Francia, Heredia ingresó en la Universidad de París, y se inició en las disciplinas del derecho, que luego abandonó. Curso, además el programa completo de ese admirable instituto de arqueología y paleografía que se llama Ecole de Chartres, y cuyo objeto fundamental es formar archiveros y bibliotecarios. Los estudios que Heredia realizó en esta escuela contribuyeron a fijar su orientación literaria; toda labor de Heredia acusa la paciencia del paleógrafo y la devoción del arqueólogo; y además, al hábito adquirido en el manejo del material histórico debe atribuirse su preferencia por aquellos motivos de inspiración que la poesía puede desentrañar de la historia del mundo.

No había de confinarse, sin embargo, en el campo de la erudición histórica quien poseía tan refinado talento poético. La fórmula adecuada para el temperamento de Heredia no era otra cosa que hermanar con la poesía su afición a los estudios históricos. Adquirió la idea de escribir, siquiera en parte, ya que no la historia, si la epopeya de la conquista de América—tema que siempre le sedujo, por encontrarse ligado a sus tradiciones de familia—y forjó una armoniosa columna de pareados alejandrinos que intituló «Los conquistadores del oro» y que presentó como prólogo de un vasto poema épico: La derrota de Atahualpa.

Nunca terminó el poema. Concibió otra forma de epopeya sobre tema más vasto: la historia de la humanidad en sonetos. Así nacieron Los Trofeos, epopeya fragmentaria, donde cada soneto es un cuadro histórico y cada cuadro es un trofeo

Continúa en la Pagina 11



DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 17 DE JULIO DE 1938

NUEVAS AVENTURAS DE LOS COCHINITOS POR WALT DISNEY

EL COCHINITO INVENTOR HA ATRAPADO AL LOBO FERAZ EN SU MÁQUINA "CATAMENTIRAS".

¿DÓNDE ESTAN MIS HERMANOS?

¡AVE-RIGUELO VARGAS!

¡SI NO ME DICES LA VERDAD TE VA A PESAR! ¿DÓNDE ESTAN MIS HERMANOS?

¡VETE A FREIR MONOS! ¡YO NO LOS HE VISTO!

¡SUELTA-ME! TE GL-GLUB... GL-LUB... ¡AY... GL-GL-LUB!

¡AQUÍ DICE COMO SE HACE EL PASTEL DE PUERCO!

¡DATE PRISA!

¿QUÉ ES LO PRIMERO?

¡LO PRIMERO, UNA TINA... Y UN BALDE DE MANTECA!

¡ÉCHESE EL PUERCO EN LA TINA CUANDO ESTE BIEN ENMANTECADA!

¡YA ESTÁ!

¡AÑÁDASE UNAS LEGUMBRES!

¡TOMATES!

¡PAPAS!

¡SUELTEN-NOS! ¡CUANDO LO SEPA NUESTRO HERMANO...

¡JA... JA!

¡ESE TAMBIÉN CAERÁ EN LA TINA!

¡A VER! ¿CANTAS O NO CANTAS?

WALT DISNEY

EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

¿QUÉ TE PARECE MIGUELITO? ¡LOS ESTIRADO ME HAN INVITADO A JUGAR BRIDGE!

¿NO PUEDES EXCUSARTE?

UNA AMIGA DE BLANCA NIEVE CONOCE A LA PRESIDENTA DEL CLUB FEMINA. PUES BIEN, LA HERMANA DE LA PRESIDENTA ME PRESENTO A LA SEÑORA ESTIRADO.

¡MIRA QUE TIENES SUERTE!

¿ME LLEVAS EN AUTO HASTA LA PUERTA, MIGUELITO?

BUENO, DIME A QUÉ HORA PUEDO IR A BUSCARTE!

TE DIRE... ESE AUTO TUYO LA GENTE CREERÍA. SOLO POR ESTA VEZ, MIGUELITO, ¿NO PODRÍAS ALQUILAR UNO BONITO?

BUENO... ¡SI TE ES TAN IMPORTANTE!

¡AMOR MÍO! ¡VÁNDAME A BUSCARME A LAS TRES!

BUENO, IRÉ EN EL MEJOR COCHE QUE CONSIGA!

LAS TRES DE LA TARDE

¿TE GUSTA ESTE?

¡ME PARECE ESPLÉNDIDO, ¡TENGO EMPENO EN CAUSAR BUENA IMPRESIÓN!

¡DIDS MÍO! ¡DUALA NO HAYA NINGUN CONTRATIEMPO!

¡CÁLMATE MUJER, QUE LOS ESTIRADO SON GENTE DE CARNE Y HUESO, COMO NOSOTROS!

¡PENSAR QUE YA ESTAMOS EN SU MANSIÓN!

¡QUÁLÁ NOS PERDAMOS BUSCANDO LA CASA... ¡ESTO ES ENORME!

¡AQUELLA ES LA CASA!... LLEVAME HASTA LA PUERTA Y DEJAME AHI... ¡TENGO QUE PREPARARME ACOSTUMBRADA A ESTO!

¿QUÉ TE PARECE LA BUENA IMPRESIÓN?

¡CHIST! ¡ESEA ES LA SEÑORA DE ESTIRADO!

¿HOLA QUE RIDA? ¡GUSTO DE VERLA!

¿CÓMO ESTÁ, DOÑA LEONOR?... ¡TIENE USTED UNA CASA COMO HAY POCAS!

¡GRACIAS... PERO EL EFECTO HUBIERA SIDO MEJOR LLEGANDO POR LA PUERTA PRINCIPAL!

7-16

Copyright © 1938 by Walt Disney Enterprises. All rights reserved.

WANG-LA

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh

PARA VENGARSE DE WONG, EL CAPITAN DE "LA HERMANDAD DEL HIERRO" INCORPORA SU BANDA A LA DEL PIRATA CHANG HO. PARA DETERMINAR QUIEN SERA EL CAPITAN, AMBOS SE BATEN Y CHANG HO GANA. SU RIVAL, QUE HA QUEDADO MAL HERIDO, ES PRESA DE UN DESPECHO QUE RAYA EN LO CURA.

¿CHANG HO? ¡BAH! ¡SOLO UN ACCIDENTE IMPIDIO QUE YO LE ABOYARA LA CABEZA!

¡CUIDADO, CAPITAN! ¡USTED ESTA MALHERIDO Y SI CHANG HO DESCUBRE SU PLAN DE FALTAR AL CONVENIO LO ECHARA A LOS TIBURONES!

LAS HIERBAS BIENHECHORAS RESTAURARAN PRONTO LA SALUD A ESE LOCO. ¡YO TEMO QUE EL MEDITE UNA TRACION!

SI CERCEÑÁRAMOS SU INÚTIL CABEZA, YA NO TENDRÍAMOS...

¡SILENCIO, IDIOTAS! ¡EL LEON SOPORTA LA RISA DE LAS HIENAS HASTA QUE HAN ROIDO LOS HUESOS DE SUS ENEMIGOS! ¿QUIEN NEGARA QUE EL BUEN PESCADOR USA CARNADA VIVA? ¡ESO ESTA PROBADO!

¡SOY UN PASMADO GALOPIN SI EL MISMO CONSTRUCTOR DEL TRITON LO RECONOCERIA AHORA, CON LOS CAMBIOS QUE LE HEMOS HECHO!

¡CUATRO BARCOS A BABOR!

¡SON JUNCOS LEL LEPLAVALO CHANG HO!

¡ATIZA! ¡CUATRO CONTRA UNO!

¡UNO DE ELLOS VIRA PARA INTERCEPTARNOS!

¡ESTA HUMILLE PERSONA LECUELA QUE LA AIDGANCIA Y EL OLIGULLO SON VENLAS EN LOS OJOS LE LA SABILULIA!

¡TU PLAN HA SALIDO BIEN! ¡LOS OTROS BARCOS SIGUEN ADELANTE!

¡EL CAZALOL LE TIGLES NO SE LESVIA POL UN CONEJO!

¡BRAVO! ¡HEMOS HUNDIDO UNO DE LOS BARCOS DE CHANG HO!

¡ESTA ESCLITO QUE EL HOMBRE ILACUNLO NO TIENE OJOS!

ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh

NO ME PARECE BIEN QUE DECLAREMOS CONTRA ANITA. LO UNICO QUE LA VIMOS HACER FUE SALIR POR LA VENTANA DE LA ESCUELA, DONDE SE HABIA GUARECIDO DE LA LLUVIA.

¡SI VIERAS UN LADRON DESCOLGARSE POR LA VENTANA DE UN BANCO CON UN SACO DE MONEDAS, YA SOSPECHARIAS ALGO!... VIMOS A ANITA DESLIZARSE DE LA VENTANA... DIEZ MINUTOS DESPUES LA ESCUELA ARDIA Y LUEGO DESCUBRIERON EL ROBO.

¡PERO TU Y YO, QUE VIMOS SALIR A LA MUCHACHA, NO SOSPECHAMOS QUE FUESE INCENDIARIA O LADRONA! ¡YO NO DECLARARIA CONTRA ELLA SI NO HUBIERA RECIBIDO LA CITACION DEL JUEZ!

¡COMO SOCIAS DE LA LIGA CIVICA, DEBEMOS INSISTIR EN QUE LA CHIQUILLA SEA RECLUIDA EN UNA INSTITUCION DE BENEFICENCIA!

¡ESTOY MUY PREOCUPADA! ¡SOLO PORQUE LA SEÑORA CUERVO CREE QUE YO TENGO LA CULPA DEL INCENDIO Y DEL ROBO EN LA ESCUELA, DICE EL JUEZ QUE DEBO SER ENCERRADA EN UN ASILO DE HUERFANOS!

SI ME QUEDO AQUI, HABRA GUERRA, PORQUE EL SEÑOR MARTIN DICE QUE ARMARA UN PLEITO PARA QUE NO ME LLEVEN. ESO LE COSTARIA MUCHO DINERO Y QUIZAS LA GENTE SE ENFADARIA CON EL Y DEJARIA DE COMPRARLE FLORES.

AUN CUANDO UNO SEA INOCENTE NO ESTA BIEN DAR DISGUSTOS A LOS QUE NOS QUIEREN... CONQUE YA VES, HUESITO... ¡TENEMOS QUE MARCHARNOS AUNQUE NO SEPAMOS A DONDE!

¿DONDE ESTARA TODO EL MUNDO? ¡NADIE ESTA PREPARANDO LA COMIDA Y LA CASA PARECE ABANDONADA!

PERO, ¿QUE TE PASA, QUERIDA? ¿POR QUE LLORAS? ¿ESTAS MALA?

¡OH! ANITA SE HA IDO!



MODESTO RIZOS



HAGA UNA INFORMACION DE LA CONSTRUCCION DE LA REPRESA DE SAN ELOY.

¡MUY BIEN, SEÑOR ROS!



ESOS NUEVOS ACCIDENTES SON SOBREPESADOS. ¡CONVIENE INVESTIGARLOS BIEN A FONDO!

¡COMPRENDO, SEÑOR!



VOY A ENTREVISTAR AL SUPERINTENDENTE.



¡FUERA! ¡AQUI NO QUEREMOS A LOS ESPÍAS DE TURON! ¡VAYASE Y NO VUELVA!

¡ME LA VA A PAGAR, HOYOS!



¿QUE? ¿HABLO DEMASIADO, AMIGO?

¡LE VA A PESAR A ESE!



¡SOY RIZOS, DE "EL CARON", SEÑOR HOYOS! ¡QUEREMOS SABER LA VERDAD DE LO QUE SUCEDE AQUÍ Y...!

¡HUM! ¡ESO QUISERA YO SABER, TAMBIEN, RIZOS!



¡AQUI NOS VA MUY MAL! ¡AL SINVERGUENZA DE JONAS TURON LE GANAMOS EL CONTRATO DE CONSTRUCCION Y AHORA SUS MATONES ASALARIADOS NOS HOSTILIZAN!

¿QUIERE USTED QUE PUBLIQUEMOS ALGO? ¡CUENTE CONMIGO!



¡ALGUIEN LE DEJO CAER UNA PALA EN LA CABEZA A TORRES, JEFE!

¿QUIEN, FUE? ¡ENSEÑENMELO Y...!



¡CREEN QUE SE SALVARA, SEÑOR ROS! ¡HOYOS SOSPECHA DE QUE LO HAYAN GOLPEADO INTENCIONALMENTE!

BUENO, MODESTO. ¡SIGA SOBRE EL ASUNTO NOCHE Y DIA! ¡ES IMPORTANTISIMO!

7-10 LYMAN YOUNG

CONTINUARA

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young



¡TIENES RAZON, AGUILUCHO! ¡TAMBIEN SI LOS DISPAROS!

¡EL SONIDO PARECIA VENIR DESDE ESE PARAJE LLENO DE ROCAS!



¡QUIZAS SEA EL SARGENTO, QUE SE DEFIENDE CONTRA LOS BEDUINOS!

¡OIA LA QUE NO!



EEAH EEAH



ACORRALADO EN UN PEÑASCO, EL SARGENTO GATES DISPARA CONTRA LOS ENEMIGOS QUE LO CERCAN.

CRAC

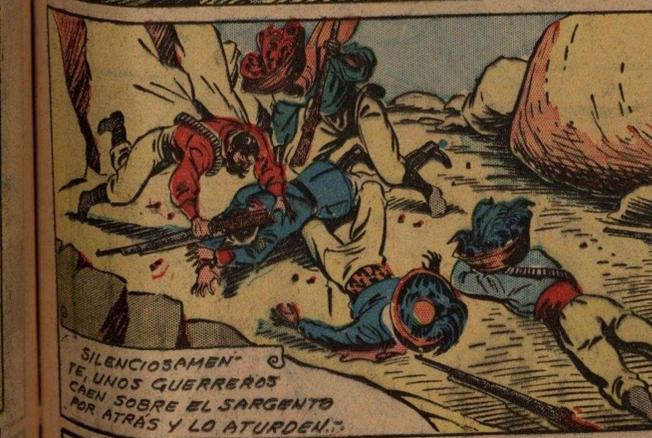


ABU TAYI ORDENA A SUS GUERREROS A SUBIR POR EL PEÑASCO Y SORPRENDER AL SARGENTO POR LA RETAGUARDIA.



SON BEDUINOS, AGUILUCHO. ¡MAS DE CINCUENTA! ¡Y SUBEN POR ESE PEÑASCO.

¡SERIA UNA LOCURA METERNOS CON ELLOS, PEPE! ¡ESCONDÁMONOS Y VEAMOS LO QUE PASA!



SILENCIOSAMENTE, UNOS GUERREROS CAEN SOBRE EL SARGENTO POR ATRAS Y LO ATURDEN.



PEPE Y AGUILUCHO VEN DESDE LEJOS COMO LOS BEDUINOS SE LLEVAN UN PRISIONERO.



SI ERA EL SARGENTO, AGUILUCHO, SE DEFIENDIA COMO FIERA, POR LO QUE SE VE.

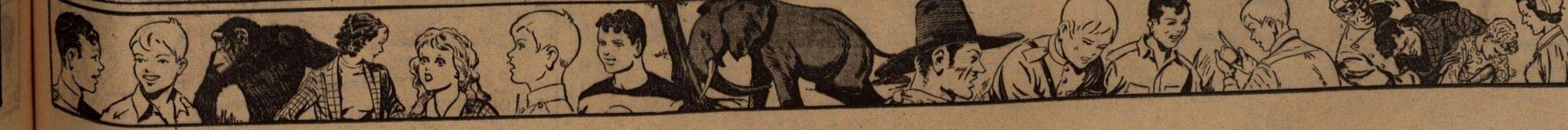
SI NOS CONSTARA, QUE ERA EL PODRIAMOS.

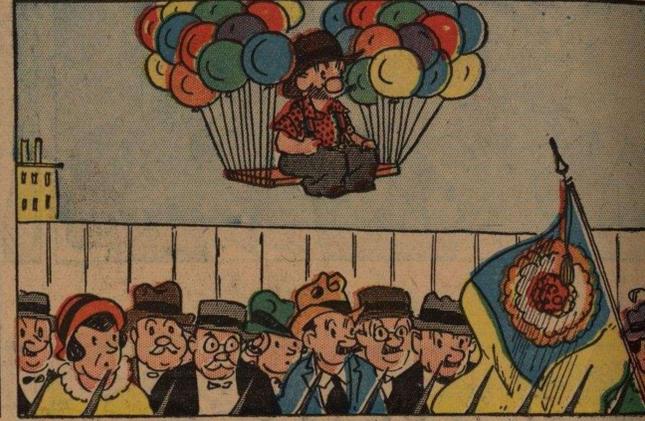
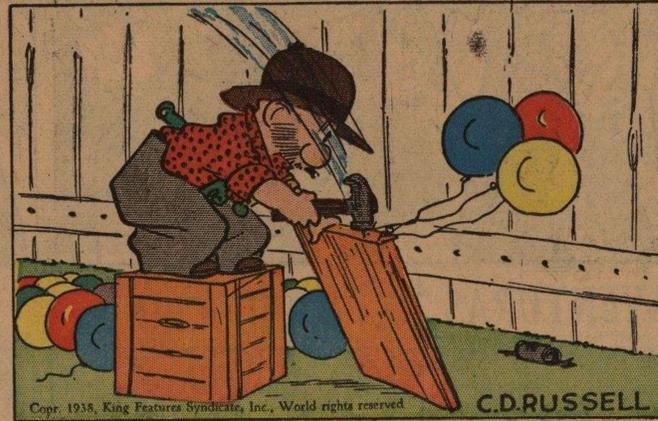
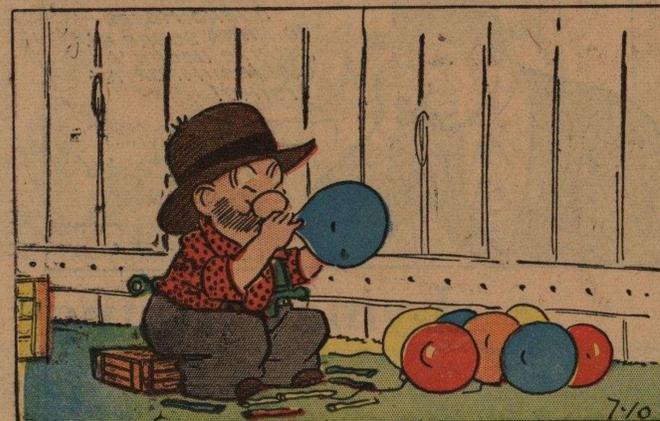
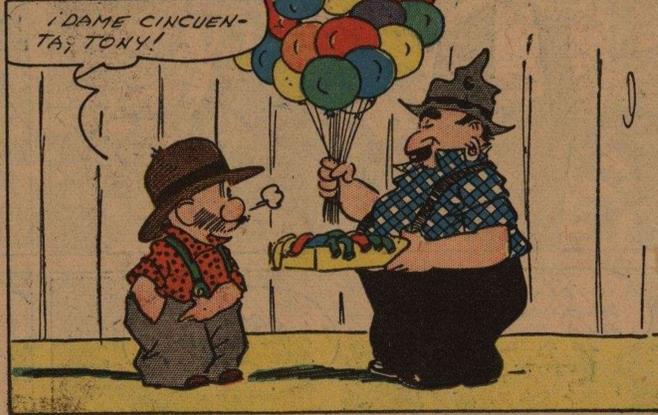
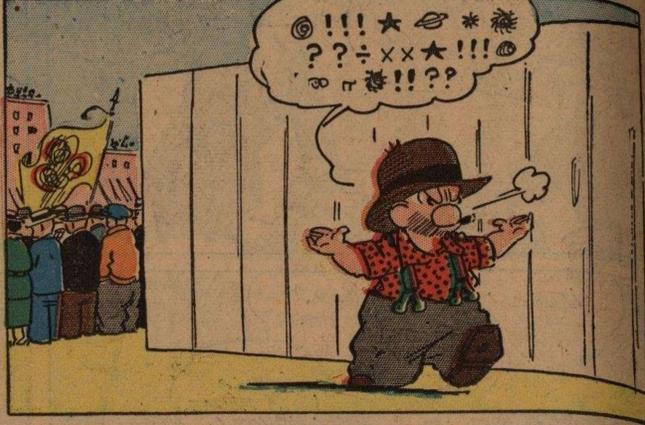
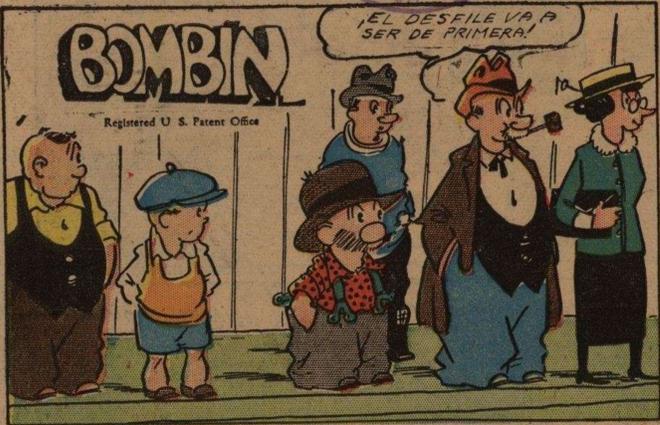
¡ERA EL PEPE! ¡AQUI ESTA SU CARABINA...!

¡ROTA!

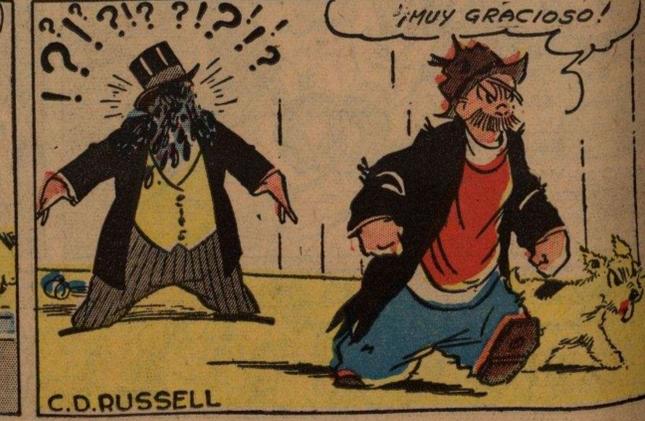
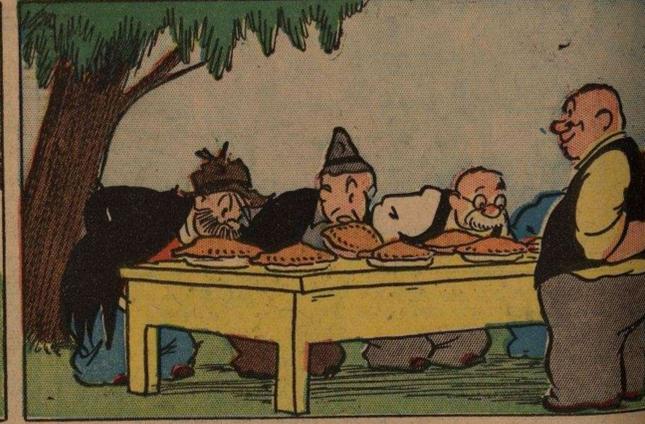
7-10 LYMAN YOUNG

CONTINUARA





PEDRO HARAPOS



Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved

C.D. RUSSELL